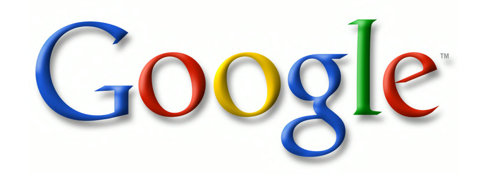



SIGILLVM·ACADEMIAE·HARVARDIANAE·IN·NOV·ANG·
CHRISTO ET ECCLESIAE
VE RI TAS



J. JUST LLORET

¡INGLATERRA ARBITRA DE ESPAÑA!

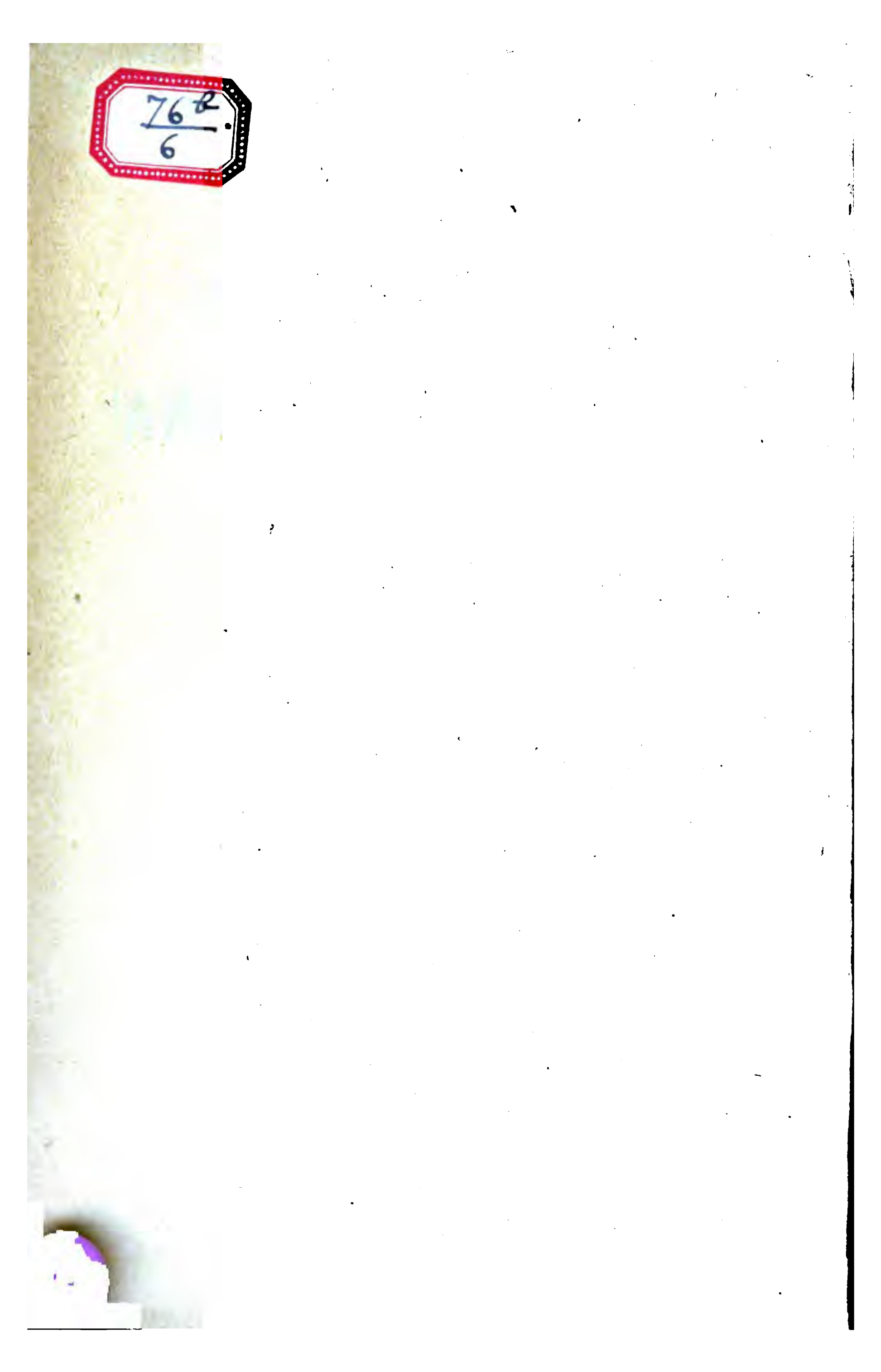
(AYES DE ACTUALIDAD)

—¡SIEMPRE DE ACTUALIDAD, POR DESGRACIA!—

¡Cataluña mía: prepárate á obsequiar á los desaprensivos *nabads* ingleses, con suculentas raciones de *catalanitos asados:* á semejanza de lo propuesto á los irlandeses en 1727, por el *Dean Swift!*

(Léase á *George).*

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
1906


76
6

INGLATERRA, ARBITRA DE ESPAÑA

J. JUST LLORET

¡INGLATERRA, ÁRBITRA DE ESPAÑA!

(AYES DE ACTUALIDAD)

—¡SIEMPRE DE ACTUALIDAD, POR DESGRACIA!—

> ¡Cataluña mía: prepárate á obsequiar á los desaprensivos *nabads* ingleses, con suculentas raciones de *catalanitos asados;* á semejanza de lo propuesto á los irlandeses en 1727, por el *Dean Swift!*
>
> (Léase á *George.)*

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
1906

Valladolid.—Imp. de J. M. de C.

¡A los mártires

de la futura guerra de la independencia

contra Inglaterra!

A todos los hombres de corazón, españoles netos, cuyos nombres, aunque son contados, no consigno, por no herir susceptibilidades anglo-caninas; ***dedico este trabajo, fruto del patriotismo.***

El Autor.

I

Mucho se ha escrito acerca este ó parecido tema, por cuanto es semillero y no de virtudes; pero en mi natural deseo de complacer á tantos queridísimos lectores, procuraré engalanarlo con el mayor realismo posible; es decir: con todo el aparato que su interesante argumento requiere; y á la postre veremos si revestirá ó no novedad; que eso decidirálo el discreto lector.

Perdonad que escriba á vuela pluma, porque el tiempo apremia.

***

¡Hermoso espectáculo el ofrecido actualmente por nuestro pueblo! ¡Cualquiera al observarle

afirmaría que todo le sonríe! ¿Sonreir? ¡santa inocencia!.... En Madrid, en Barcelona y en todas nuestras grandes capitales pululan legiones de hambrientos (1), que son vergüenza y oprobio de nuestra cultura, de nuestra hidalguía; por más que ésta sea ya nominal y aquélla se agite en mantillas. ¡Sonríete, pues, pueblo mío; que amargos días te esperan de servidumbre! El pueblo de Israel no estuvo sometido á pruebas más duras.

---

(1) El martes 8 de los corrientes, tuve ocasión de presenciar una escena dolorosa. Un grupo de desgraciados, á quien el hambre aguijoneaba, se acercó al resplandeciente alcalde de esta Corte, con ocasión que transitaba por la calle Mayor. El Sr. Vincenti, que podrá no ser moro, pero que tampoco sobresale en mansedumbre y en caridad cristianas, se puso hecho una furia, y con voces y desplantes de monterilla se revolvió contra aquellos desheredados, que solicitaban *pan y trabajo.*

Al Sr. Vincenti le extraña que enmedio de un regocijo, común... á pocos, las gentes padezcan hambre y sed material, porque de justicia todos padecemos. Él, el alcalde, no comprende el hambre..... ¡Dios le conserve la abundancia!, pues siendo tan poco equitativo, no sería caso nuevo, que de llegar á carecer de algo, no encontrará quien se lo proporcionase. ¡Hay precedentes! Ley natural es ésta que se ajusta á las prácticas despóticas.

Pero tú hoy no piensas en eso: ¡qué locura!; hoy todo se remoza para ti, todo se engalana, todo resplandece. Yo, que tengo asimismo grandes motivos para refocilarme, porque gozo con tus asuetos y me apeno con tus desventuras, quiero poner también la cara buena; mas para lograrlo, como existe *algo* que me amarga, que me carcome y devora (¡el sentimiento de vergüenza!); trataré de echar *eso* fuera, y así es más probable que la placidez llegue hasta mi descompuesto semblante. Si ese lastre, si esa bilis *expectorada*, sabe á hiel á alguien; perdona discreto lector, tu condición de español te revelará la clave; ya que, ínterin INGLATERRA sea CARCELERA DE ESPAÑA, no hay redención posible para la Patria oprimida; y así todos esos pomposos festejos que recrean los sentidos, á poco que te fijes, huelen..... á empresa funeraria, que es la que nos facilita pasaje para ultratumba. Si resuena el parche, pues, es sin duda para conmemorar la agonía del país, la caída de nuestra adorada Patria, *¡nuestra abdicación como*

pueblo libre!.... Por la fe mosaica, cayeron los muros de Jericó; por la *mala fe* inglesa, cayó España en manos rapaces. Nada de exageraciones; espera y verás. Para acabar en breve, te lo referiré sin filigranas y al buen *tuntún*. Los malos tragos hay que pasarlos pronto.

*
* *

¿Sabes lector lo que se dice?.... Pues algo muy raro, que lo repito y no entiendo; pero como soy tu confidente, mi cargo me obliga: escucha, pues, y *calla comentando*. Hoy las campanas repican por un fausto suceso: ¡sí! ¡muy fausto! Dentro de un año ¡quizás antes! doblen por opuesta razón. ¡Todas las naturalezas no son suficientemente vigorosas para resistir con fortuna las sensaciones de la exuberante Venus! Pero como en este intervalo, ó después, habrá reproducción de especie; ¡ay, Dios mío!.... lo natural, lo lógico, es que esos pícaros que se metieron en casa age-

na, cuya ciencia política ha hallado panacea para todo, administren *con disciplina* su nueva tierra, que será una sucursal de la India de los fakires. Ante tus encantados ojos verás, pues, ¡oh, lector!, deslizarse escenas que superarán en virtud mágica á las tan cacareadas de *Las mil una noche.* Siéntate, pues, que hay para rato, y ya está preparada la máquina cinematográfica..... ¡Ahí va otra película!

***

Observa lo que ocurre en el campo de Gibraltar: las milagrosas garitas de los centinelas ingleses parece que TIENEN RUEDAS..... porque insensiblemente se internan en territorio español, del que toman definitiva posesión pacífica. El campo de San Roque, repara, es ya casi todo inglés..... Ese individuo que hay ahí á la izquierda es un funcionario español, un empleado probo, que da parte oficial á nuestro Gobierno de esa nueva

transgresión de los paisanos de una bien amada extranjera (q. D. g.); pero muy seguro debe estar el inglesito de que la buena voluntad del tal funcionario no ha de ser tenida en cuenta por el Gobierno español, cuando, obedeciendo quizás á la acción del *whisky*, le obsequia con un primoroso corte de mangas, estilo Chamberlain. ¿No te importa eso?; pues allá va otra película, que quizá cautive tu atención. Ese caserío de enfrente es Algeciras, al *parecer* posesión española, y digo al parecer, porque no debe estar bien definido este punto, ya que el *veto inglés prohibe que nuestras sufridas tropas tengan en su recinto alojamientos de mampostería.* En Algeciras, pues, los soldados españoles han de acomodarse *en cuadras levantadas con tablones carcomidos;* con gran extrañeza (pongamos por conmiseración), de los plenipotenciarios asistentes á la Conferencia internacional, quienes no se explican *semejante anomalía,* máxime observando que Inglaterra, *que aún no ha tomado posesión oficial* de la localidad,

cuenta en Algeciras con un edificio *destinado á Hôtel*, que por su capacidad y su solidez, puede convertirse, en un momento dado, en inexpugnable fortaleza. ¡Qué enseñanza! ¡Las que nos dan los ingleses todas son inmejorables!

Pasemos por alto sobre lo que ocurre en Sierra Carbonera respecto á fortificaciones, porque hasta los gatos lo saben. Allí no podremos nunca fortificar nada; ¡ni para qué, si los ingleses nos guardan las espaldas! *Y esto ocurre en el preciso momento en que nuestro mundo oficial se apresta á obsequiar á una princesa*, la más gallarda quizá, de la Casa Real de Su Majestad Graciosa. Acatemos, como modelo de súbditos, este hecho casi consumado y prosigamos nuestra tarea, aunque no sin consignar que todas las fortificaciones que á principios de siglo pasado poseíamos en las costas del Estrecho y en la bahía de Algeciras, y de las que aún se ven restos en Punta Carnero, Punta Fraile, Sierra Carbonera y otros lugares, *fueron demolidas ¡todas! por los ingleses*, cuando eran grandes

amigachos nuestros, en la época de la invasión napoleónica en la Península; de modo que los británicos abusaron de nuestra hospitalidad y de nuestra buena fe; de la primera, por cuanto en aquellas fechas, Napoleón, que había establecido el bloqueo continental, tenía reducidos á los ingleses poco menos que á la impotencia; de la segunda, porque alegando que la tal destrucción de fortificaciones obedecía á la sabia necesidad de evitar que los franceses se parapetasen tras ellas; so tal pretexto, nos dejaron inermes frente á Gibraltar; y por más que con solemnidad inglesa se comprometieron á reedificarlas, faltaron bellacamente á su palabra, y hoy ni las reedifican ni las dejan reedificar, remedando servilmente al perro del hortelano. Nada, pues, de extraordinario tiene que «*en la historia de Inglaterra se registren grandes crímenes y extravíos nacionales más humillantes que los mayores desastres*» (Macaulay: *Historia de la Revolución inglesa)*, y que «Inglaterra haya gobernado y gobierne sus colonias,

posesiones y dependencias bajo instituciones fundadas *en la doctrina de la iniquidad»* (Gladstone). Estas dos frases, *hechas por ingleses*, pintan de cuerpo entero la generosidad de nuestros *amigos* de ahora; nueva especie de *amigos del alma* de opereta. Mi asombro, pues; mi espanto, no tiene límites, porque ¿qué dijérais de un inquilino que sorprendiera á un *reventador de pisos* violentándole la puerta de la casa, y á quien por vía de castigo le encomiase y agasajara, acabando por sentarle á su mesa? Pues en esa incomprensible *excentricidad* incurrimos nosotros. Inglaterra diez siglos ha que nos acecha, *ganzúa en mano*, y hoy, ¡grandes calzonazos!, la invitamos á devorar nuestro Presupuesto. En lo sucesivo todo aquí va á ser inglés; ¡todo, menos la vergüenza! porque el elemento oficial británico la tiene desterrada de sus inmensos dominios: se lo digo con la *Historia Universal en la mano*.

II

La nobleza tradicional y de abolengo, que no es la bastarda; la Grandeza española murmura, y mucho será que dentro de poco no tengamos una segunda edición de lo ocurrido en vísperas del advenimiento de don Amadeo, en que, reunidos en Capítulo los grandes dignatarios de España, en el palacio del Duque de Alba, por iniciativa de los próceres Bedmar, Alcañices y Vega de Armijo, se acordó, *vistas las circunstancias*, *disolver la Diputación de la Grandeza.* El benemérito Marqués de la Vega de Armijo, que llevó la voz cantante en aquella ocasión (12 de Diciembre de 1870), podría llevarla ahora, quizá con mayor motivo, pues si se atiene á las referencias aportadas

por el *Siglo Futuro,* diario que, á fuer de buen católico, abominará la mentira, *la princesa adjudidicada por Inglaterra es descendiente directa de un judío y de una fámula,* entre cuyos honorables miembros podrá haber mucha nobleza de corazón y de miras, pero lo que es de linaje, *¡nequaquam!* A ver, pues, si esa Grandeza, *que ya murmura,* como en vísperas de pronunciarse contra la dinastía de Saboya, *se atreve hoy con la casa de Battenberg,* cuya realeza, según *El Siglo Futuro,* está en entredicho y es, por ende, más dudosa que la que caracterizaba al caballeroso don Amadeo; á quien, entre paréntesis, crucificamos ignominiosamente, en aras de la Democracia. ¡Aquí, pues, de la grandeza..... de espíritu!

Con el fin de documentar cuanto puede ser objeto de comentarios y de iras fiscales, reproduzco á continuación un artículo que vió la luz en *El Siglo Futuro* el día 16 de Enero del corriente año. Se titula ASCENDENCIA JUDÍA Y PLEBEYA DE LA PRINCESA DE BATTENBERG, y dice así:

«A fuerza de hablar los periódicos como de cosa posible y aun probable, y hasta segura para algunos, *si bien parece inverosímil*, de la boda del rey de España con la princesa Victoria Eugenia Julia Eva de Battenberg, nacida en el palacio real de Balmoral (Inglaterra) el 24 de Octubre de 1887, la prensa extranjera ha empezado á sacar á luz el origen é historia de la familia de Battenberg, *que distan mucho, como verán nuestros lectores, de corresponder á la gloria del trono de San Fernando y aun á la nobleza de la casa de Borbón.*

»En 1776, la landgravina Carolina de Hesse-Darmstad, fué á la corte de Catalina II para que esta célebre emperatriz de Rusia eligiera una de las hijas de aquélla para esposa del zarewitch. *Entre las doncellas que llevó á su servicio la landgravina, iba una, natural de Alsacia, á quien llamaban familiarmente la Kettel, y de quien no se sabía otro nombre.* Era muy intrigante, y consiguió casarse con un oficial llamado *Hauke, hijo*

de un judío alemán, el cual Hauke entró al servicio de Catalina II, y para que le nombrasen *voivodo* (gobernador) de Volkynia, se convirtió al luteranismo.

»Una nieta de Kettel y Hauke, llamada Julia Teresa, fué esposa morganática del príncipe Alejandro de Hesse, hermano de la emperatriz María Alejandrowa, casada con Alejandro II. Los hijos nacidos de este matrimonio morganático llevan el título de príncipes de Battenberg, nombre de una ciudad del bajo Hesse. *Una hermana de Julia Teresa fué bailarina.*

»Hasta 1858 los Battenberg no tenían más tratamiento que el de *erlaucht* (ilustrísima), común á millares de condes del imperio germánico; pero en dicho año les fué concedido el tratamiento de *durchlaucht* (alteza serenísima). La reina Victoria concedió á Enrique de Battenberg el mismo día (23 de Julio de 1885) que contrajo matrimonio ...rincesa Beatriz de Inglaterra, el trata... real; pero ninguna corte ale-

mana ha querido reconocer este tratamiento á los Battenberg.

»La princesa Victoria Eugenia Julia Eva es hija del príncipe Enrique de Battenberg, que falleció el 20 de Enero de 1896, y de la princesa Beatriz de Inglaterra.

»*La casa de Battenberg es tan poco ilustre que no figura en la primera parte del Almanaque de Gotha, en que se inserta la genealogía de las casas reales de Europa;* ni en la segunda parte, que contiene la genealogía de los señores mediatizados de Alemania, que se igualan en derechos de nacimiento con las personas reales; sino en la tercera, donde figuran príncipes no soberanos ni reales y duques, marqueses y condes de la nobleza, más ó menos antigua y genuina, *que puede llamarse particular.*»

Otros artículos lleva publicados *El Siglo Futuro* acerca de dicho tema, que, á pesar de su mucha miga, no reproduzco, por no fatigar la atención del lector.

¿No sentís comezón de gritar: ¡Viva la Democracia! con toda la fuerza de vuestros pulmones?

*
* *

Y ahora ocupémonos un poquito del librecambio: entremos en materia económica.

Allá por los años sesenta de la pasada centuria, establecióse en Madrid una especie de *bureau*, en el cual se echó á volar por vez primera la pabra *librecambio.* —*¿Con qué se come eso?*, parece que se dijeron entonces los profanos, que lo eran todos; y aun los políticos, que siempre fueron los menos profanos; porque el librecambio, al nacer, produjo tanto asombro como el pacto sinalagmático-bilateral, que sólo su ilustre sapientísimo autor entendía. —*¿Con qué se come eso del librecambio?*, se repetían los más; en tanto que el titular del *bureau*, hombre avisado, si los hay, observaba: —*No impacientarse, que todo se andará. De aquí al asombro no tendréis gran trecho que re-*

correr. Y, la verdad sea dicha, que él resultó el primer pasmado en esa obra de perdición. Don Laureano Figuerola, después ilustre hacendista, era el Director, el alma, de aquel Centro, que fué fundado, si no en odio á Cataluña, á los fabricantes catalanes; pero que resultó á la postre ruinosísimo para España; y eso que don Laureano Figuerola, como todo el mundo sabe, era catalán, hijo de Calaf; pero lo que no está bien divulgado es que este señor era un ambicioso, y como á tal, impulsivo. Don Laureano quería figurar: méritos, ya los tenía; pero convengamos en que hay muchos que con méritos se quedan en su casa, vegetan en la obscuridad y mueren en la ignorancia. Napoleones, tened la seguridad que ha habido varios, pero no salieron á la superficie, porque, al revelarse, quedaron secos de un balazo en la sien, ó un proyectil traidor les inutilizó un remo; y convenid en que un Napoleón perniquebrado resulta imposible. Bonaparte, que fué muy grande, aún quizá lo fué más por su fortuna que por

sus cualidades. Figuerola, mal avenido á vivir en la penumbra, trató de salir diputado; pero aunque reuniera condiciones apreciables y de tribuno, con el sufragio restringido imposible ir á las Cortes. Era en aquel entonces oficial de secretaría del Fomento del Trabajo Nacional de Barcelona, y al aspirar á la diputación encontróse con que la mayoría de los socios productores de aquel Centro se declararon por un señor Villalobos, muy vocinglero, muy movido; quien, en definitiva, se llevó la investidura. Figuerola estimóse desairado, y para sus adentros juró vengarse, y en la empresa fué tan capcioso como Olózaga en su empeño en derrocar á la soberana, á quien en otro tiempo sirviera. Para el efecto, Figuerola trasladóse á la Corte, en donde dió vida al *bureau* librecambista, pura y exclusivamente para carcomer á sus paisanos los proteccionistas catalanes. Aquella agencia, de cariz antipatriótico, hubiera vivido con vilipendio, si el embajador inglés no le prestara favor y amparo. Como donde hay un

ochavo á ganar, allí acude la gente, no extrañará á nadie que aquel centro, bajo la férula británica, se viese pronto más que medianamente concurrido por algunos españoles *clarividentes*. Pronto se establecieron primas en metálico; la cuestión era la propaganda, y *uno de los más esforzados campeones del naciente librecambio, recibió, en premio á sus méritos, la administración del gran patrimonio del duque de Wellington en Andalucía.*

Los servicios hay que pagarlos bien, si no la gente se escama y el precoz librecambio hubiera perecido de una *sindineritis*, enfermedad aguda de la que el Señor nos preserve. Al propagarse la noticia del momio de la administración, ¡no fueron moscas las que acudieron al panal del librecambio! Sin embargo, ninguno de aquellos beneméritos de sus familias podía hacer nada práctico, por cuanto todos y cada uno estaban á cien leguas del Poder, que es desde donde se realizan los tratados; pero la semilla quedó echada y

ya daría frutos en su día. Los ingleses son cachazudos cuando conviene: á flema y sorna no hay quien les gane. Narváez, que tenía cabeza para todo, vió el juego y diz estuvo en un tris de despachar al embajador de Inglaterra con la fórmula consabida de darle en *salva sea la parte*, como hiciera con mister Bulwer en 1847. Pasó el tiempo, y Figuerola que había intentado en vano meter cabeza en un ministerio con la Unión liberal, trató de inteligenciarse con los revolucionarios; pero como los jefes del movimiento andaban todos á salto de mata, no logró su objeto, hasta que su hijastro Bosch y Barrau, residente en Londres, le puso en contacto con Prim, quien, triunfante la Revolución, llevó á don Laureano al ministerio de Hacienda, y en aquel departamento vióse al ministro revolucionario. De su obra ya apenas si resta nada de provecho, pero eso á su autor le tenía sin cuidado; él había ido al ministerio para demoler, no para edificar, y, efectivamente, hundió la producción nacional. Los catalanes trina-

ron: ese era su objeto; lo demás montaba poco. El dinero inglés facilitado para la Revolución se mostró exigente en la demanda de intereses, y Figuerola, esclavo de su palabra al embajador de Inglaterra y de su odio africano á sus paisanos los productores catalanes, abolió el derecho diferencial de bandera. Para facilitar y atender á la prosperidad de la marina mercante, nuestros gobiernos tenían establecidas unas tarifas, mediante las cuales los buques españoles que traían cargamento de las Antillas apenas si abonaban derechos, en tanto que los abanderados en el extranjero, dedicados al mismo tráfico, satisfacían un arancel elevado. Cuantos esfuerzos intentara la diplomacia inglesa para echar abajo esta desigualdad, para ellos irritante, habían sido inútiles: Narváez y O'Donnell, que con todos sus defectos eran buenos patriotas, permanecieron inflexibles á las demandas. Don Figuerola no rezaba eso, porque Figuerola posponía su amor patrio á su amor propio, y además los compromisos adqui-

ridos, *la administración del patrimonio español del inglés duque de Wellington;* el dinero contante y sonante recibido para hacer rodar el carromato de la Revolución; las exigencias de la diplomacia inglesa y la vocinglería de los energúmenos librecambistas asalariados, dieron al traste con los pocos escrúpulos que pudieran restarle; y así quedó consumada la iniquidad que suponía el equiparar la marina mercante española á la extranjera. El cisco que promovió esta medida fué de órdago; pero como eran tantos los jaleos que en aquella bendita época se registraban á diario, promovidos todos por la mano oculta de Inglaterra, pensóse que uno más no montaría mucho. Pero los catalanes, reacios, pusieron el grito en el cielo, y sus diputados, en las Cortes, promovieron un debate en el que Figuerola, á pesar de su natural habilidad, quedó en descubierto y en evidencia; y Prim, cuyas luces de economista eran escasas, vió claro entonces en aquella jugada, y desde la cabecera del banco azul abalanzóse sobre su co-

lega de Hacienda, y hecho un basilisco, agarró á Figuerola por el gaznate, gritando airadamente: —*¿Per aixó, per aixó hem fet la Revolució?*— y si al presidente del Consejo no le arrancan su presa, la acogota indefectiblemente allí mismo. Amigables componedores mediaron: luego se buscó una fórmula económica de compensación; y los ingleses, asediados, prometieron, á cambio de la abolición del derecho diferencial de bandera, la entrada libre de los vinos españoles en todo el Reino Unido; pero como ellos no hacen las cosas á tontas y á locas, máxime envolviendo cierta importancia, aunque ésta sea muy relativa, pues en las islas Británicas jamás se han consumido tantos caldos españoles como vulgarmente se cree; á las demandas del Gobierno español se excusó el gabinete inglés con que el acuerdo involucraba la creación de una ley que había de ser votada por el Parlamento, y como éste demorara hábilmente su votación y aquí matamos á Prim, que había llevado sobre sí todo el peso de esta cuestión eco-

nómica, en España ya no se habló más de la *entrada libre de los vinos españoles en Inglaterra*; que así hacemos las cosas aquí, y allí así las ejecutan.

Ya sabéis, pues, cuál fué la cuna del librecambio en España y cuáles las miras que perseguían sus avisados corifeos.

Inglaterra, pues, siempre dando lecciones, y nosotros siempre sin aprovecharnos de sus enseñanzas experimentales. ¿Cuándo entraremos en razón?

III

Los fieros males que sobrevinieron á España á la sombra de la *Gloriosa*, de aquella Revolución que, como llevamos dicho, fué hecha con el dinero inglés, llevaban á verter sobre sus columnas al *Times* conceptos de este calibre: «Poca esperanza pueden abrigar los españoles de tener un buen gobierno; pero es un poco duro que les ocurra con tanta frecuencia no tener gobierno de ninguna especie.» Esta manera de señalar, al parecer muy sesuda, pero en realidad muy menguada, merece que á sus autores se les recuerde *el gubernamentalismo* de las luctuosas épocas de su Cromwell; el puritanismo de quienes descabezaban á un rey sin forma de proceso legal, pues

del Parlamento que juzgó al infortunado Carlos Stuardo fueron eliminados por obra del dictador cervecero, verdugo también de España, la mayoría de los lores, cuantos pudieran diferir sus sangrientos planes; de los elementos de orden que en la obscuridad del retiro abominaban, maldecían de aquella situación tiránica, que buscaba el cuakerismo en las esferas de la venganza. Se les podría recordar también aquella Isabel despótica, que trataba á sus súbditos al igual que malandrines; se les podría traer á las mientes otras situaciones en que el furor popular ó la mano dictatorial envolvía á ciudades y villas en los horrores del pillaje ó del aherrojamiento fratricida..... ¡Más caridad, hermanos sajones; más caridad!.... Fuérais un tanto más sinceros; tuviérais un corazón meridional como el nuestro, en donde si existen pasiones quedan dominadas todas por la generosidad; sintiérais con ese espíritu de placidez, con esa exquisitez de conciencia de los seres incorruptibles; y en vez de esas frases, que son un reto al alma espa-

ñola, escribiérais con mayor tino, con superior criterio y haciendo honor á la verdad histórica: —*¡España!... ¡ah! mil veces quisimos estrujarla, y si la intención bastara yerta yaciera hace tiempo;* porque, ingenuamente sea dicho, si no nos dísteis ya *la puntilla*, achacadlo á que no poseéis la habilidad torera de un *Lagartijo*, para lanzarnos el cachete, no desde pleno redondel, como éste solía, sino tras la barrera ó el tendido, que es mucho más cómodo, menos expuesto y, sobre todo, *más inglés.*

Haré un poquito de historia en demostración de este aserto, y para que la cosa vaya en toda regla la hilvanaré por fechas correlativas.

CAPÍTULO DE AGRAVIOS

Año 1577.—Francisco Drake, famoso pirata inglés (porque los piratas no famosos abundan mucho en Albión), al mando de cinco navíos, apresa un buque español, cargado con 250.000 pesos; secuestra del puerto del Callao otro, abarrotado de plata, y en el Cabo de San Francisco afana 13 cajas de plata y 80 libras de oro; tras cuyas piraterías arriba á Plimouth, mereciendo de los reyes y gobiernos ingleses el título de *caballero*. Moraleja: el Bizco del Borje, Jaime el Barbudo, Pancha-Ampla, Candelas y los Siete Niños de Ecija, en Inglaterra serían todos *caballeros*.

Por estas fechas otro pirata célebre, Sir John Kawkins, tras mil criminales saqueos y despojos ometidos en posesiones españolas de América,

fué nombrado tesorero de Marina y vocal del Consejo del Almirantazgo por la agridulce Isabel de Inglaterra.

1580.—El propio pirata Drake pone asedio á Cádiz, teniendo que retirarse mal parado.

1588.—Los corsarios ingleses baten los restos de la *Invencible*. Cuando andaba la escuadra homogénea y pujante, sintieron escrúpulos en atacarla. *(La de Micifuz y Zapirón.)*

1655.—Cromwell, aliado de Francia, declara la guerra á España, alegando como plausible motivo el negarse ésta á consentir el libre comercio de América y la abolición del Santo Oficio.

1658.—Derrota de los españoles en Dunquerque, merced, no á los franceses con quienes estábamos en guerra, sino á la escuadra inglesa acoderada y de barcos chatos que abrasa impunemente á la pobre infantería española; y á la fanática infantería cromwellista, que enfurecida por los frustrados ataques á la gran Duna, degüella á 3.000 españoles sin darles cuartel ni mo-

verles la misericordia. Los ingleses, *que siempre se excedieron de prudentes, acostumbran á atacar á las naciones cuando éstas se hallan en guerra con otra potencia;* en cambio ellos, á semejanza de los antiguos romanos, jamás emprenden dos guerras á un tiempo. Siempre el *exceso* de precaución. La fiera altivez inglesa, resulta, pues, una paparrucha.

«Para que Inglaterra olvidase la pérdida de su libertad—dice David Hume en su *Historia general inglesa*—, Cromwell tuvo siempre las armas en la mano, ya contra los holandeses, cuyo pabellón humilló; ya *contra los españoles, cuyos galeones perseguía por llenar su Tesoro.* No desistió de hacerlo por respeto á la fe jurada; pues, aunque estaba *en plena paz* con la Cancillería de Madrid, envió al Mediterráneo al Almirante Blake, á fin de que aguardase la flota del Río de la Plata. Otra expedición de 3.000 hombres intentó un desembarco en la Española, hoy Santo Domingo. La opinión pública reprobaba aquella

guerra hasta el punto que los oficiales ingleses que servían en los buques reunidos en Plimouth, *manifestaron abiertamente su repugnancia en tomar parte en una lucha tan injusta; y fué preciso acudir al rigor para sofocar su resistencia.* La flota mandada por Blake y Montagne apresó en el Mediterráneo ocho buques mercantes españoles, procedentes de América; uno de los cuales llevaba á bordo *un millón quinientos mil duros*, que no bastaron á cubrir los enormes gastos de Cromwell.»

1659.—La propia escuadra de Blake asoló nuestras posesiones en Italia; apresó y echó á pique tres galeones que venían de las Indias, y persiguió á la flota española hasta dentro del puerto de Tenerife, apoderándose de los bajeles y sus riquezas, é incendiando aquéllos. EL IMPORTE TOTAL DE LO ROBADO SE EVALUÓ EN 96 MILLONES DE PESOS.

1659.—*Paz de los Pirineos;* á la que fuimos obligados por Inglaterra, y que resultó para Es-

paña uno de los tratados más ignominiosos. Los ingleses nos arrebataron la isla Jamaica.

1700.—Por iniciativa de Inglaterra se trata del reparto de España entre aquella nación, Francia y las Provincias Unidas. A cuyo infame convenio, según refiere Lamberty en sus *Memorias*, nuestro embajador en Londres, formuló la siguiente protesta: «Es una detestable codicia maquinar la división de la Monarquía española en vida de su rey (Carlos II). Semejante empresa es contraria á la ley natural y destruye la estabilidad de los Estados. ¿Con qué derecho se reparten las naciones extranjeras Estados que no les pertenecen? Ese derecho no corresponde más que al Rey y á su pueblo. *España se sublevará en masa contra el reparto que se la quiere imponer*. Así, pues, la guerra saldrá de un *Tratado* (!) que, según se dice, se ha hecho para evitarla.»

1704.—Gibraltar capitula con los Generales de las potencias combinadas (Francia y Austria).

1712.—La conducta que Inglaterra observara deja tristes perdurables recuerdos en Cataluña, pues tras haberse comprometido con los catalanes, *á quienes excitó á la resistencia contra Felipe V*, «no sólo—dice un autor—les privó del auxilio de sus tropas, sino que, faltando á su palabra, dos veces empeñada ante Europa, *por la conservación de los fueros catalanes*, presentó á éstos en las conferencias de Utrech, como *contrarios á sus intereses comerciales*».

1713.—*Paz de Utrech*, mediante la cual se le arrebatan á España: Sicilia, Nápoles, Menorca (recobrada en 1782), Países Bajos, Milán y Cerdeña. Gibraltar que, como va consignado se rindió en 1704 á las potencias combinadas, se lo adjudicó Inglaterra á la sombra de este tratado imposible.

1717.—Inglaterra se alía con Francia y Holanda para hacernos más gravosas las consecuencias de la *paz de Utrech*. Nuestro gran Alberoni, dispuesto á acabar con esta situación ambigua,

prepara la guerra con suma habilidad. «Si Felipe V—dice Miniana en su *Historia General de España*—hubiese escuchado los consejos de Alberoni, hubieran coronado todos estos trabajos preparatorios un acto de extraordinaria osadía, que quizá la fortuna, ordinariamente lisonjera con los atrevidos, hubiese protegido.»

1718.—El 11 de Agosto es incendiada y destruída la escuadra española mandada por Castañeda, por la inglesa á las órdenes de Byng, aun no teniendo éste instrucciones para el caso, pues ambos reinos estaban en paz. Ocurre este atentado al derecho de gentes, en aguas de Siracusa (Sicilia), salvándose sólo cuatro navíos y seis fragatas, que se refugiaron en el puerto de Valette. Castañeda, herido gravemente en el combate, cae prisionero. También dicho Byng destruye, cerca de Agosta, la escuadra española mandada por el marqués de Mari; victoria que—según Miniana—no honra ciertamente á Inglaterra, porque, aun siendo su escuadra muy superior en fuerza, se

valió de la pérfida estratagema *de mezclarse con la española* á favor de la incertidumbre con que se presentaba. Byng, *para que no se le acusase de esta indigna conducta*, ni de haber sido él el agresor, escribió al Marqués de Lede, *suponiendo* que los españoles habían sido los primeros en romper el fuego, y declarando que aquel desgraciado suceso *no debía considerarse como acto de hostilidad entre los dos reinos*. Pareció tanto más extraña la conducta de la escuadra inglesa, cuanto que los enviados Stanhope y Nancre, aun después de haber abandonado las costas de España, continuaron haciendo gestiones para conservar la paz.» A este propósito el Sr. Martínez Unciti, en su obra *Inglaterra, señora del mundo*, observa: «Al mismo tiempo que llegaba á Madrid el embajador inglés, conde de Stanhope, se presentó en las costas mediterráneas una fuerte escuadra inglesa mandada por el almirante Byng. Aquél dió cuenta al Gobierno de su llegada y objeto por medio de una carta, concebida en términos suaves al

par que enérgicos. Alberoni llenóse de indignación y contestó enérgicamente: «No creáis que se »asustan fácilmente los españoles; tanta confianza »tengo en el valor de nuestra escuadra, que si se »decidiese vuestro almirante á atacarla no me da »cuidado el resultado.» El enviado inglés entonces, por toda respuesta, se limitó á presentarle la lista de los buques que componían la escuadra inglesa para que Alberoni la cotejase con la española. El tono fríamente sarcástico con que hizo esta observación, encendió la cólera de nuestro ministro, quien no pudiendo contenerse dentro del círculo de los respetos sociales, se irguió altanero y cogiendo la lista, la rasgó en pedazos, que arrojó al suelo y pisoteó con gran coraje. Como aún se atreviese el flemático inglés á hacerle algunas observaciones, le despidió. El resultado de esta escena fué funesto para España, pues los ingleses se vengaron atacando con traición, alevosía y nocturnidad las escuadras de Castañeda y marqués de Mari.»

1744.—El Imperio marroquí viola los tratados con España y envía 50.000 moros contra Melilla, llevando *artillería y oficialidad* inglesas. La infame agresión fué debidamente rechazada.

1804.—El estado floreciente de nuestras posesiones, en particular de Perú y Buenos Aires, despertaron una vez más la codicia inglesa, quien cometió con nosotros una nueva vileza. Las fragatas españolas *Medea*, *Mercedes*, *Fama* y *Santa Clara*, al mando del brigadier D. José Bustamante, regresaban de América conduciendo unos *cuatro millones de pesos y un precioso cargamento*, cuando de improviso el almirante inglés Cornwalles arremetió contra la flota española, *á pesar de no estar rotas las hostilidades entre ambos países*, echando á pique la fragata *Mercedes* y apresando las tres restantes. Fué ésta una horrorosa catástrofe, en la cual perecieron la mayor parte del pasaje y toda la tripulación. Tan inaudita violación del derecho de gentes produjo una indignación general en el mundo civilizado.

«Nada, pues, de extraño tiene — dice Martínez Unciti — que el Gobierno español, justamente resentido se inclinase á favorecer el bloqueo continental, á fin de borrar del mapa de Europa una nación cuyos actos piráticos y manifiestamente injustos, eran una amenaza constante y un peligro gravísimo para los demás países.» Pero los ingleses hicieron más: Aprovechándose de la situación aflictiva por que atravesaba España, á causa de la fiebre amarilla que diezmaba su población, se presentaron en Cádiz, con una fuerte escuadra y sin tener en cuenta la indefensión de la plaza por la calamidad existente, la bombardearon y saquearon, convirtiéndola en inmenso cementerio. *Este acto vandálico hizo que España declarara la guerra á Inglaterra.*

1805.—Batalla de Trafalgar, en donde la fortuna, una vez más, nos fué adversa.

1808.—En hora bien menguada solicitamos el concurso de Inglaterra para rechazar la invasión napoleónica. Esta nación que, de acuerdo con lo

que llevamos dicho, fué siempre nuestra más mortal enemiga, tanto que aun en tiempo de paz, según ha podido apreciarse, nos ha batido y saqueado infinitas veces, se hallaba en aquella época en situación verdaderamente angustiosa, merced al bloqueo continental establecido por Napoleón. Diez y seis años de lucha con Francia la habían quebrantado de manera tal, que el Parlamento británico, no sabiendo cómo salir de apuros, trataba, nada menos, que de entenderse con Bonaparte para una suspensión de hostilidades. Era, pues, Inglaterra en aquel entonces una nación perdida, que España hubo de salvar al solicitar su ayuda; pues como no podía disponer en todo el continente ni de un palmo de terreno, debía limitarse á combatir por mar, á cuya acción se oponía el propio comercio inglés, cuyos almacenes estaban abarrotados de existencias. Nuestra solicitud les vino, pues, como de molde, y era un verdadero negocio para Inglaterra, ya que le brindábamos, además de un territorio extenso en

donde, sin el temor siquiera de devastar el propio país, podía hacer la guerra á Napoleón, su eterna pesadilla, con la mejor ocasión para despachar sus géneros, que entonces carecían en absoluto de mercados. «La guerra con España me ha perdido», clamaba Napoleón desde Santa Elena, y, efectivamente, si en vez de ir nosotros contra Bonaparte, nos ponemos en favor suyo, su triunfo fuera definitivo y la Gran Bretaña desapareciera para siempre del mapa. No lo hicimos así, y actualmente sufrimos las consecuencias; pues, los ingleses, olvidando beneficios, contribuyeron poderosamente á nuestra derrota con Norte-América, en la que quedamos por completo despojados.

1842.—Promuévense motines de esclavos en Cuba, merced á las solapadas intrigas del coronel inglés mister Turnbull; y así en agitación continua permaneció la Isla, hasta que en 1850 desembarcó en Cárdenas el filibustero Narciso López.

1847.—Por lograr la caída del gabinete Narváez, á quien detestaban los ingleses, se fraguó en Londres una vasta conspiración para *favorecernos* con otra guerra civil, valiéndose del conde de Montemolín. El general Narváez fué advertido á tiempo por una carta, cuyo párrafo más substancioso dice así: «El gabinete de San James teme más á usted que á Luis Felipe y á la reina Cristina juntos, porque entiende que es usted un gran instrumento y el hombre más á propósito para desbaratar los planes británicos.» Resultado de todo esto fué que Narváez dió los pasaportes al embajador inglés Mr. Bulwer, no sin otorgarle antes una demostración de afecto..... en donde pierde el nombre la espalda.

1866.—Inglaterra y los Estados Unidos, representados por sus respectivos almirantes, trataron de intimidar á Méndez Núñez en el Callao, indicándole que quizás se vieran precisados á impedir por la fuerza el proyectado bombardeo. La arrogancia y decisión de nuestro almirante, metió

el resuello en el cuerpo á los compadres John Bull y Tío Sam.

1898.—Lo que pasó en este año es largo de contar. Nuestras desdichas fueron inmensas, no siendo los Estados Unidos sus autores, sino los ingleses, quienes, por favorecer á sus hermanos de allende, nos impidieron que usáramos del derecho de armar nuestros buques en corso; consintieron, á pesar de su mentida neutralidad, que los norteamericanos convirtieran la plaza de Hong-Kong en base de operaciones navales contra las Filipinas; declararon el carbón de piedra contrabando de guerra, constándoles que nosotros casi carecíamos de este tan indispensable elemento, en tanto que á los *yankees* les sobraba aún para vender; facilitaron cabos de cañón á los norteamericanos, quienes los contrataron con el haber de diez libras esterlinas semanales, el sueldo ó poco menos de un contralmirante español (de *El Mundo Naval Ilustrado*); y tantas y tantas tropelías nos hicieron, y con tal desfachatez, que hasta el pro-

pio corresponsal en Viena del *Daily Mail* escribía el 6 de Abril de 1898: «Si Inglaterra no se hubiera inclinado tanto en favor de los *yankees*, varias Potencias de Europa hubiéranse colocado abiertamente al lado de España desde el principio de la guerra.» Lo cual da á entender bien claramente quién nos venció en aquel año nefasto. Conducta tan artera fué coronada por las agoreras frases del primer ministro inglés lord Salisbury, calificando á España de nación moribunda, conceptos que fueron una provocación sangrienta para nuestra conciencia de pueblo libre. ¡Dios te lo pague, pues, según mereces, graciosa Inglaterra!

IV

Del actual estado de cosas no resultará seguramente beneficioso ningún español que ame á la tierra con entrañable anhelo. En las regiones aumentará el malestar, pues el hambre es mal enemigo y peor consejero. Cataluña, esa Cataluña de nuestros pecados que siempre anda clamando, hasta el punto que para mayor esparcimiento de golfófilos se ha inventado el adagio *pide más que un catalán;* á esa pedigüeña altiva, ya le ajustarán pronto las cuentas; *que se prepare, pues, á obsequiar á los desaprensivos Nababs ingleses, con suculentas raciones de catalanitos asados, á semejanza de lo propuesto á los irlandeses en 1727 por el Dean Swift*; ya que por sus rebeldías se ha hecho acreedora á que se la trate con rigor; así

se la enseñará á estar de acuerdo con la ley de alcoholes, con la de jurisdicciones, con la suspensión de garantías y con toda esa negrura de legislación que es espanto de gentes libres. Clamaba Cataluña, según oficiosas confidencias, por el separatismo; pues mírese en el espejo de Irlanda, que pugna por gobernarse á sí propia y de día en día vive más abyecta. Enrique George, en su gran obra *Progress and Poverty*, dice: «Nada mejor ideado para hacer hervir la sangre que los fríos informes de la tiranía pertinaz y agobiadora á que está sometido el pueblo irlandés, y á la cual, y no á impotencia alguna de la tierra para soportar su población, se debe atribuir el pauperismo y el hambre en Irlanda; ¡y si no fuera que la historia del mundo prueba que en todas partes la pobreza abyecta produce la enervación, sería difícil resistir á un sentimiento de desprecio por una raza que, atormentada por tales injusticias, sólo accidentalmente se ha vendido á su propietario!» Otro ejemplo, que no tiene desperdicio. De éste es

autor, el profesor de la escuela de un pueblo del condado de Cork (Irlanda), elevado en queja á la superioridad á mediados del año 1898, después que lord Salisbury nos reveló que España era una nación moribunda: «La situación de la gente de este distrito es más terrible aún que cuando el hambre de 1880. En mi escuela, adonde acuden diariamente setenta niños, *cuatro únicamente, desde el mes de Enero, han podido traer con qué desayunarse;* los otros ni siquiera han tenido un pedacillo de pan.» ¡Otra *flor mística á la inglesa* para el porvenir de Cataluña!, que entresaco del «Mensaje» votado por los irlandeses reunidos en la isla de Eady, bajo la presidencia del párroco, á principios de Abril de 1898: «Los irlandeses aquí reunidos declaran que, habiendo ensayado en vano todos los medios para despertar la conciencia del deber en los *brutales dueños ingleses que los gobiernan*, hanse resuelto á hacer circular el domingo próximo una Memoria, rogando á todos los irlandeses que la firmen, para que sea dirigida

al presidente y Congreso de los Estados Unidos de América. Dicha Memoria hará conocer la actual situación de los irlandeses de Occidente, que *perecen de inanición* junto á los fértiles campos que fueron propiedad de sus padres, *desposeídos y muertos;* y cuando elevan sus justificadas quejas á los *insolentes tiranos* extranjeros, las ven acogidas con ultrajes ó castigadas por la coerción: visto lo cual, dirigen al Gobierno de la Gran República federal el ruego de que se digne intervenir en favor de Irlanda, para que ésta obtenga *la autonomía administrativa á que tiene derecho*, así como las medidas necesarias para remediar el hambre y disminuir los impuestos.»

Si los ingleses tratan con tal falta de decoro y tan inicuamente á sus casi compatriotas, cuya cooperación pueden necesitar en un momento dado para un conflicto internacional, ¿qué podéis esperar vosotros, catalanes, *á quien os la tienen jurada los ingleses por el grave delito de ser industriales y negociantes; y ser, por lo tanto,*

vuestros intereses concurrentes á los suyos? Un muy querido amigo me dijo no ha mucho, hablando sobre el particular: «Con cuantos ingleses y alemanes he tratado de la manufactura catalana pude observar que la cuestión excitaba su nerviosidad.» Y se explica: «¿Quién es tu enemigo?: el de tu mismo oficio»; y catalanes, alemanes é ingleses, todos pugnan por el propio concepto, por hacerse suyos los mercados; y si los catalanes no resultan formidables competidores de sus contrincantes es debido á la desidia y torpeza de nuestros gobiernos y á ruindad y villanía de Inglaterra, cuya nave de Estado tiene puesta la proa á Cataluña, como ya lo evidenció al discutirse el tratado de Utrech, en el cual declaraba á los catalanes *contrarios á sus intereses comerciales.*

Nada, pues, de extraño será que el día menos pensado un ukase inglés os ponga, ¡oh, catalanes!, fuera del derecho de gentes y en disposición de ser cazados como australianos ó ametrallados

como cipayos, para cuyo efecto *se establecerán primas*, pues la civilización inglesa *te cops amagats*, hasta el extremo de que Bismark, el llamado *canciller de hierro,* á quien me haréis el honor de estimar poco sentimental, repetía con frecuencia: «Si Austria ha asombrado al mundo por su ingratitud, *Inglaterra lo asombrará por su vileza.*» Y no es Bismark quien dice cosas tremendas de los ingleses; son todos, son los ingleses mismos quienes se pintan de mano maestra. El propio Gladstone, dice en su obra *Coloquios:* «Somos impopulares en todo el mundo. Los franceses no nos quieren; los holandeses nos odian, lo cual, por cierto, es muy natural, y los alemanes han mostrado su disposición para con nosotros con motivo de la cuestión del Transwaal. Ahora bién: cuando á un hombre le detestan todos sus vecinos, no se le puede impedir que trate de averiguar lo que ha hecho para merecerlo. Yo, por mi parte, no puedo menos de pensar si esta impopularidad de Inglaterra no es en parte por su

culpa. ¿No han notado ustedes que en estos últimos tiempos, al ser sometidas varias cuestiones de Inglaterra á un arbitraje internacional, la resolución de los árbitros ha sido contra nuestra nación? Pues esto es para mí un objeto de reflexión de los que más me afligen.» Otro inglés ilustre, Cobden, se expresa así: «Yo quisiera ver un mapa del mundo, según la proyección de Mercator, con puntos rojos marcados en todos aquellos lugares en que los ingleses han dado alguna batalla; saltaría á la vista que, al contrario de todos los demás pueblos, el pueblo inglés lucha, desde hace siete siglos, *contra enemigos extranjeros, en todas partes menos en Inglaterra. ¿Será preciso decir una palabra más para demostrar que somos el pueblo más agresivo del mundo?*» Como no nos duelen prendas, ahí va otra opinión que tampoco tiene desperdicio; ésta es de un francés, Paul de Cassagnac, quien en *L'Autorité* se expresaba así, en Julio de 1898: «El papel de los americanos es sencillamente odioso y harto digno de una raza

que es prima hermana de la raza inglesa, é igualmente abominable. La una y la otra son del mismo nido y de la misma camada. SON NACIONES DE RAPIÑA. Pero Inglaterra tiene al menos la apreciable ventaja de ser franca en su cinismo. *Cuando roba, y roba frecuentemente*, lo hace con cierta intrepidez (!), con la lealtad del corsario que tiene por costumbre expoliar lo prohibido.» ¿Queréis más aún? ¡Pues más! Mientras encuentre autores que me sirvan tan bien para decir á los ingleses lo que se merecen, no he de consignar nada de mi cosecha. Esta nueva opinión es también de un francés, Mr. Elías Regnault, y está entresacada de la *Historia criminal del gobierno inglés, desde los primeros asesinatos de la Irlanda, hasta el envenenamiento de los chinos.* El título es de lo más sugestivo, y yo me comería á besos á su valiente autor. Consignaré, pues, algo de lo mucho sabroso que expresa: «Llegado es el tiempo de ir á castigar á esos normandos degenerados, y de tomar ejemplo de sus antecesores. El gobierno

inglés, violando los derechos de todas las naciones, se ha puesto asimismo fuera de la ley. *¡Despliéguese la bandera de la cruzada europea contra los* piratas! *Toda nación, toda ciudad, toda voz repita el grito sagrado: ¡Dios lo quiere: Dios lo quiere! Jamás ha habido excomunión mejor merecida; y cuando se hunda el coloso de barro, derribado por los pueblos indignados, nunca en la Historia de los imperios una ruina más grande habrá dado más grande lección!*» El triunfo de los anglosajones no es, pues, tan definitivo como ellos presumen, pues por doquier surgen manifestaciones viriles que dan á entender que son muchos ya quienes claman justicia contra las demasías de esa nación vandálica.

Del fondo de la Rusia también se eleva una voz severa, la voz de un apóstol venerable: Tolstoi; quien, en *La guerra y la paz*, consigna *que Inglaterra tiene un espíritu demasiado mercantil, para comprender la elevación de miras del emperador de Rusia.*

El coloso de cieno puede, pues, seguir su carrera alevosa; sembrando de asechanzas el porvenir de los pueblos libres, que ya es suficientemente conocido, para que sus fraudes den el resultado propuesto; sin embargo, los ingleses no cejan en su afán desapoderado de meterse y enmarañarlo todo. Constándoles, pues, á ciencia cierta las pretensiones que tienen algunas Potencias respecto á Marruecos, tienen establecida en Gibraltar una Academia militar en donde *se enseñan los modernos adelantos de la guerra á cien jóvenes moros, quienes, al comvletar su educación, son relevados por otros igual en número. De los hospitales gibraltareños salen los curanderos de las tropas del Sultán; los emplazamientos de las baterías de Tánger se construyen bajo la dirección de jefes facultativos ingleses y sobre esos emplazamientos* LOS MISMOS OFICIALES INGLESES DE ARTILLERÍA *hacen montar cañones formidables* (*Las llaves del Estrecho* por José Navarrete). El día, pues, que las Potencias interesadas en el reparto de Ma-

rruecos y demás posesiones del Norte de Africa se decidan á emprender un movimiento de avance sobre aquellos territorios, se encontrarán, en vez de hordas semisalvajes, legiones aguerridas que pasmarán con su táctica y su estrategia. Ved, pues, lo complejo de la obra de Inglaterra, y si lo que persigue no es dominar el mundo, ignoro de qué otra manera se puede denominar. ¿Qué, pues, de extraño tiene que, estimándonos á nosotros débiles y desamparados, busque en alianzas de familia el medio para introducirse en nuestros dominios sin suscitar suspicacias? Laurent, en su *Historia de la Humanidad,* corrobora este aserto, pues, sin echar mano de circunloquios, expresa que lo único «que persigue sin cesar la política inglesa, bajo el nombre de equilibrio, es el interés de su comercio; por eso la Gran Bretaña *quiere una parte en los despojos de España».* Mucho será con que se conformen en detenerse en el Tajo, pues preveo que en plazo relativamente breve España, si no la India, resultará un segundo Egipto, en

cuyo caso disfrutaremos de un protectorado inglés, que nos convertirá en el primer mercado de la Gran Bretaña, arruinando de paso la producción nacional; ante cuya eventualidad se transformará la península en inmensa pradera, y los españoles, sin trabas de ninguna clase, nos podremos dedicar á hacer estudios prácticos sobre los pastos. ¡Nada; que en lugar de pensar, piensaremos!.... y lo haremos á conciencia, ¿qué duda cabe? Todo quedará reducido á la inclusión de una letra y á un placentero cambio de postura, que recordará á Sardanápalo. Vegetaremos, en vez de vertical, horizontalmente.

V

Premeditadamente he aportado á este trabajo, el crecido número de citas consignadas para que no se diga que es la inquina sistemática la que me lleva á la publicación de estas líneas. Y si á mí, obscura molécula, perdida en el berengenal de la política peninsular, me constan las miras que persigue Inglaterra, ¿cómo se le van á ocultar al gobierno y á su ilustre presidente, *un tiempo cabeza visible del librecambio español*, y de quien sin temor á que nadie me desmienta consigno que es la primera cultura intelectual de España? De ningún modo. El gabinete, pues, ya sabe lo que se hace; lo que no sabe, y esto también puede afirmarse, lo que no sabe es dónde va. ¿Por ventura con su política desatentada se empeña en

transformarnos á todos en anglófilos rabiosos? ¿No curándose de la cuestión de los alcoholes, ni de la reforma de los aranceles; teniendo las Cortes en clausura y llevándonos de festejo en festejo, pretende retrotraernos á aquellos tiempos de Fernando y los apostólicos en que los gritos de ¡vivan las cadenas! alternaban con los de ¡muera la nación? ¿Pretende que nos dediquemos todos á la tauromaquia, para que el *Pan y Toros* sea cifra y resumen de nuestras aspiraciones? ¿Olvida el Gobierno que *los bárbaros de la Normandía están más acá de la Puerta del Sol?* Yo bien quisiera que la mano de Dios tocase el corazón á nuestros beneméritos gobernantes; pero me temo que, en vez de la venerable de Cristo Padre, sea la mano de los ingleses la que se pose en la manivela gubernamental; con lo que dicho se está que pasaremos á ser de golpe y porrazo, ó insensiblemente, que para el caso es lo mismo, una colonia británica, con sus puntas de India y ribetes de Irlanda. Todo parece que se conjura para que

así sea, ya que los clamores del país no llegan *al seno de ese gabinete, feudatario servil de la tenebrosa Inglaterra.*

*
* *

Pero suspendamos por un momento tanta homilía, cuyo debate nos entenebrece el ánimo, y converjamos nuestro espíritu á cosas más halagüeñas. Para *que logremos, pues, tragar con más facilidad estos glóbulos de vergüenza y de pesadumbre*, según argüí en mi CRIMINOLOGÍA DE LOS GOBIERNOS ESPAÑOLES, voy á referiros un cuentecito, que no está del todo mal; y que, según recuerdo, me narraron, cuando yo, que siempre fuí un *sportman* de lo sobrenatural, navegaba por las regiones siderales de la *Vía Láctea.* El grado de latitud, perdonad, no lo recuerdo. Mi memoria es algo flaca en cuestión de guarismos. La historieta, leyenda, cuento, chascarrillo, miscelánea, anécdota ó como queráis llamarle, es una intriga

epitalámica del país de los grillos; tierra que, según los geólogos, merece dicho epíteto por afectar su configuración terráquea una olla monumental; aunque, al decir de profanos, debe el nombre á la particularidad de no andar jamás de acuerdo sus habitantes; y eso que charlan como cotorritas amaestradas. Sin embargo, esa falta de inteligencia se explica, pues cuéntase que cada quisque procede de distinto palomar; ya que de antiguo existe una ley (allí hay leyes para todo, incluso para regular la limpieza del calzado) que determina que cada hembra no puede dar á luz más que un varón de vez en cuando; con lo que dicho se está que el celibato adquiere unas proporciones formidables. Esta es la única ley que se cumple en aquel país, prototipo de lo *smart* y de lo *pichou*. Pero entremos en materia: *Girasol I*, príncipe gobernador del *país de los grillos*, era un bravo y arrogante mozo, que si curábase de la administración de sus Estados, no por eso dejaba de divertirse; ¡y en grande que se divertía!.... Y

obraba bien ¡voto á tal!, porque este mundo, aquél y todos son otros tantos fandangos, y ya quisiera ver yo en dónde pára la seriedad de los saturnianos, que tienen gran fama de graves, cuando una *bella chiquita* de por allá ejecuta en su presencia la *machicha*, *kake walk* y *panaderos*. El príncipe, pues, se divertía; sólo faltaba á su ventura el hallazgo de un presidente de Gobierno enérgico y capaz, pues cuantos nombrara eran de desecho, como reses de ganadería de cuarto orden. Sin embargo, como á todo se acostumbra uno, incluso á la barraganía, *Girasol* acabó por resignarse, pensando en que á él no se le podía culpar que la tierra no produjese más que meloncetes y pepinos á la vela; por lo visto, aquella noble región andaba mal de abonos. Todo, pues, marchaba á la buena de Dios, cuando el diablo metióse en la alta política del Estado para acabar de hacer la cajetilla á los pobrecitos indígenas. El príncipe gobernador dió en la idea de casarse: la razón era obvia, aunque pugnaba con las cos-

tumbres del país..... Pero ¿con quién, con quién le casaremos? Las cancillerías de los países limítrofes presentaron en formación sus respectivas imperiales pupilas, y los encendidos ojos de *Girasol* se posaron en los mortecinos de varias apuestas princesas de aquellos dominios, maravilla de la civilización sideral.

El país de los *papamoscas*, el país de los *papanatas* y el imperio de los *logreros*, ¡qué tres países! contaban con huéspedas de alta estirpe en estado de merecer. ¡Ganga va! Se le mandaron fotografías; pero como él no era bobo, optó por hacerse cargo de los originales, y allá fuese por esos mundos, caballero andante, junto con una lechigada de magnates y consejeros de alta estofa, que también los hay de baja extracción y aun de hedionda. Los *papanatas* y los *papamoscas* pronto se estimaron desahuciados para aportar al acervo patriarcal de los *grillos*, alguna de sus reales mozas, pues á *Girasol*, listo y algo más, echáronle pronto la red en el país de los *logre-*

ros.... En fin, que se decidió por una de las nobles mozas de esta tierra, blanca ella y esbelta como una walkyria.....¡ *Walkyria*, se ha de llamar! Quizá se lo merezca, por cuanto lo cortés no quita á lo valiente. Esta elección, según ciertas lenguas, no fué del completo agrado del tutor de *Girasol I*; un tío con todas las de la ley y toda la barba además, que vivía envanecido con su emblemático nombre de *Tulipán*. El *Tulipán* ese, por mezquino interés de familia, deseaba casar á *Girasol* con una archiduquesa del terruño *pairal* de los *papanatas;* sin considerar que estos enlaces momifican la especie, así sea su fibra tan poderosa como la de los *Girasoles*. Los *papanatas*, por otra parte, no eran muy estimados en el mundo de la política. Entendiéndolo pues así, el gran Elector de los *grillos*, se afirmó más y más en su propósito de maridaje con la juncal *Walkyria*, princesa del país de... etc., etc. Esta resolución puso frente á frente dos potencias palaciegas: á *Don Girasol*, y á su irascible tutor

infante *Don Tulipán*. ¡Ellos, que jamás habían discrepado en nada!, ¡¡ni aun en cuestiones de gobierno!! ¡¡¡cuidado que es decir!!! esta vez se hallaron empotrados: *Girasol* con su apreciable *logrera* del país de los *vivos* ¡malo!; *Tulipán* con su encanijada archiduquesa del vergel de los *papanatas* ¡peor!; y, lo que es más sensible, uno y otro dispuestos á vindicar su fuero. El ejemplo no podía ser más pernicioso; mas en la lid hubo de vencer *Girasol*; ¡el *Girasol* de la *primaveral grillera!;* en tanto que *Don Tulipán*, despechado, prometiéndose no intervenir en nada, se encastilló en Madroñera, opulentísima capital de los dominios. Tal acuerdo desconcertó á *Girasol*, ya que en buena lógica y en toda sociedad medianamente constituída, el tutor, á falta del padre, es el indicado para solicitar la mano de la novia; fórmula que, sin duda, se hace extensiva aun á los mundos siderales. Como el tiempo apremiaba, había que tomar una resolución, antes que el ridículo internacional cayese, aplastante, sobre la

superficie *grillera.* El príncipe, pues, se echó el alma atrás y en un día de etiqueta, santo de no sé quién, tomó la resolución heroica de partir á pelar la pava; teniendo, no obstante, que demorar su ejecución por palatinas conveniencias. Mas al día siguiente, ni *el qué dirán* osó retenerle ¡y, *en globo*, abandonó la capital! Ya en la frontera, expidió un telegramita á *Don Tulipán*, ordenándole que se le reuniese á escape. Vaciló el tutor, mas, temiendo las consecuencias, emprendió el viaje, si bien dispuesto á la resistencia pasiva. Entrevistáronse, y en principio no hubo acuerdo, hasta que el impetuoso *Girasol*, rompiendo con oficiosos convencionalismos, arguyó con una energía que para Moret yo quisiera, aunque Maura le envidiara, que ya sería *algo:* — *¡O te prestas á solicitar su turgente mano ó hago valer mis derechos de príncipe gobernador y jefe de la familia!....* *Don Tulipán*, amedrantóse ante la perspectiva de un destierro, y se allanó á todo. Al fin verificóse la petición esponsal, pero *Don Tu-*

lipán, cuyo amor propio había sido hollado, juró vengarse bajo cuerda.

Consecuencia de esto fueron ciertas quisicosas poco en armonía con la alta alcurnia de los *Girasoles*. *Don Tulipán*, por otra parte, valióse de un título muy entrometido, un tal *marqués de Baldemezquitas*, quien, con periodística habilidad, interceptó una postal que *Girasol* dedicaba á su nobilísima futura; en cuya cartulina veíase pintadita, de mano maestra, una pareja amarteladísima..... ¡Amor! ¡¡amor!!... El resultado de esta intriga fué diabólico. La princesa *Walkyria*, que no recibiera la postal, se retrajo de escribir á su prometido; en tanto que éste, impaciente, aguardaba en vano la respuesta á su piramidal fineza. Pasaron unos días, y cierta mañanita en que *Girasol* levantóse de mal talante, echó mano á la pluma y espetóle una cartita á su futura, mandándola, muy galantemente, á freir muchos millares de espárragos-pericos. La misiva salió para su destino; pero poco después, en ocasión que el

príncipe recibía en audiencia al presidente de su Consejo, excelente buen Juan, cuyo pesquis no fué formado para dar orientaciones á la política de un pueblo; se lo refirió todo, en un momento de cordial expansión. El ministro quedó aterrado, viendo ya recaer sobre sí todas las responsabilidades de esta palatina ensalada á lo Cupido. —*¿Qué hicisteis, Señor?; ¡desdichado de mí!* —exclamó entre respingo y respingo el Maura de aquella situación—; *¡por San Segis, que eso se ha de evitar, si no se quiere dar pie á que una escuadra del reino de los logreros venga á bombardear nuestras más opulentas ciudades!.... Girasol* reparó entonces en la ligereza de su proceder, y prestóse á rectificar.—*Presidente: ¿y cómo evitarlo?*—murmuró cariacontecido.—*Eso corre de mi cuenta, Señor*—parece ser que observó el Bismarck de *doublé.* Y acto seguido púsose toda la línea telegráfica en juego, y llovieron partes sobre cuantas ciudades estaban en ruta hacia la tierra de los *logreros.* Por esta vez permitió el

Señor que el Presidente ejerciese de estadista; pues mediante estas manipulaciones fué rescatada la cartita, producto inocente de una ensalada periodístico-amoroso-gubernamental. Como los amantes, sea cual fuere su cuna, todos siguen idénticos procedimientos, se dieron, por correo, mutuas explicaciones más ó menos verídicas; hasta que entrevistáronse y la cosa quedó aclarada. ¡Ella no había recibido la postal! cuyo extravío estuvo en un tris de quebrantar la razón de Estado; que en la ocasión presente el noviazgo recibía tan convencionalísimo epíteto. — *¿Quién habrá sido el villanote que osó interceptar la correspondencia palatina?*—se dijo al príncipe; y dióse indagar con fruición el origen de la martingala, cuya requisitoria hubiera sido tan ardua de practicar como la resobada de la cuadratura del círculo. Pero como los enamorados tienen su Providencia, ésta vino en ayuda de *Girasol*. El *marqués de Baldemezquitas*, que gozaba de gran partido entre las damas de alto coturno, quiso obse-

quiar á varias de ellas con un presente de rechupete. Para el caso, ninguno tan idóneo como el que su entrometimiento reporteril le trujera á mano. *Baldemezquitas*, sin encomendarse ni á San Antonio, ni á la Virgen de la Paloma, hizo reproducir la postal sustraída de la estafeta palaciega, que representaba, como se recordará, amarteladísima pareja; y, obtenidas las copias, distribuyólas entre la duquesa Espiridiona de Nacera, marquesa de P. P. y doble H.; y otras honestas señorazas del género vaudevillesco, quienes se relamieron opíparamente ante aquella fineza tan principal. Cuéntase que decían unas, entre *jipío* y *jipío:—¡Ay, quién fuera él!;* y otras, entre guiñito y guiñito: — *¡Sapristi: quién fuera ella!* Lamentaciones que recuerdan el cuadro *Naná*, rechazado por el Jurado de la Exposición. ¡Cuánta ternura y cuánta sensibilidad hay entre las nobles damas de las regiones siderales! *¡Bon Dío!* ¡quién anduviera por allá, para consolarlas en sus inverosímiles aficiones clandestinas!....

—*¿Y Baldemezquitas? ¿para qué sirve?* preguntarán ustedes. *¿Baldemezquitas?* ¡ay! ¡¡para perderse!! pues como quiera que una de las más sensibles linajudas hiciese alarde de poseer la mentada postal de la parejita, llegó la nueva á oídos de los confidentes palaciegos del príncipe gobernador, quien, ya al corriente del intríngulis, en ocasión en que *Baldemezquitas* le ofrecía sus respetos, le agarró por las solapas y, levantándole casi en vilo, díjole con voz de trueno:—*¡Quisiera no ser príncipe-gobernador para ventilar este asunto en la forma que lo resuelven los caballeros!* — *Baldemezquitas* quedó hecho un ovillo de puro espanto; por lo que tuviéronle que retirar de la palatina cámara, poco menos que en brazos; al propio tiempo que *Girasol I*, ya aplacado en su enojo, decía con diapasón despectivo: —*¡Pigmeo, más que pigmeo! ¡Indisponerme con mi egregia tornasolada!* — Esta escena semitrágica hizo comprender á *Don Tulipán* que era menos peligroso jugar con fuego, que entretenerse en

pasatiempos alti-anti-amorosos. De lo sucedido después, hago gracia al lector; pues todas las malas comedias ya se sabe cómo terminan: casándose los protagonistas. ¡Séales leve la luna de miel!

Pasemos á otro tema.

VI

Quedamos, pues, en que á Inglaterra, más que á nuestras propias fuerzas debemos la desfloración de esa aureola, por mal nombre *la Gloriosa*, que, como todos los movimientos prematuros, nada dejó tras sí. El leopardo inglés, siempre cauteloso, siempre traicionero, marca la pauta de nuestros destinos. Esta maldita tutela nos ha de perder; por eso los españoles netos, seamos muchos ó pocos, ¡pocos por desgracia! debemos vivir siempre con el arma al brazo, mirándonos en el ejemplo del gran Castelar, el hombre de Estado más amante de su tierra; y repetir con él aquella su famosa frase:—*¡Dios mío! ¿qué habré hecho yo para merecer una tan gran patria?* Esto nos confortará en la lucha, que ha de ser homérica; y por

lo que á mí se refiere, tiene esa frase el doble atractivo de contar con una segunda parte, igualmente grata, ya que Castelar añadía:—*¿Y qué habré hecho también yo para merecer una tan excelente madre?*.... Y aunque mi madre ¡la mía! me dejó completamente huérfano á los doce años, yendo á unirse con mi padre allá en el cielo, pues no hay otra región posible para sus nobilísimos espíritus, recuerdo muy bien que era una santa ¡santa tres veces!.... Respecto á mi Patria, por su bondad, por su historia, por su linaje, por su nimbo ideal, sólo la hallo comparable al simbólico Paraíso; que no permita el Señor sea para nosotros el tristemente célebre de Milton..... ¡No, que Dios no lo consienta! porque acabarían por arrojarnos de él, y aunque muchísimos se lo merecen por insensatos y cobardes, aún resta quien se sacrificaría por la Patria, y ése no es acreedor á que se le eche. Ese morirá aquí, ¡aunque sea matando!

No me cansaré, pues, de repetir que conviene no perder de vista la acción inglesa, pues la bondad

de nuestros improvisados amigos hay que mirarla con lente, para evitar que el día menos pensado amanezcamos todos anglicanizados y quede el alma española á merced de los cirujanos ingleses, quienes, sin escrúpulo alguno, la llevarían á la sala de disección, en donde practicarían sobre sus rígidos miembros una anatomía en toda regla..... y eso es lo que tratamos de evitar. No esperéis, no esperemos nada de los gobernantes; prescindid de su consejo; *Moret fué librecambista,* ¡con que ayudadme á sentir! Si éste, que es indudablemente el más capaz de ellos, va por rumbos que nos son tan conocidos, ¿qué podéis esperar de los demás, que todos llevan hecho pacto con Lucifer? De la fijeza de principios de Moret os dará una idea esta frase emitida por el gran Ríos y Rosas: — *Después de oir al señor Moret, no hay más que gritar: ¡Viva la República!* á bien que eso era cuando el actual presidente del Consejo defendía la separación de *la Iglesia y el Estado* y todas las conquistas de la civilización moderna. Por lo

que toca á Maura, *peor es menearllo;* es sobrado reciente su evolución, oportunista como pocas y más práctica que ninguna, pues supo proclamarse conservador, desde la cabecera del banco azul.

Por lo que á Montero Ríos se refiere, nada se diga: ése, también ardiente mantenedor, en otro tiempo, de la separación de lo eclesiástico y lo temporal, ha quedado reducido á la impotencia por obra y gracia de sus desaciertos. Por ahora no hay más presidentes posibles; así es que las direcciones de la política no pueden provenir de otros rumbos, pues aquí los jefes de Gobierno, y sólo los jefes, son quienes marcan el compás. Eso de que los departamentos ministeriales son autónomos es fábula; lo serán tal vez para cuestiones de poca monta, para nombramientos y gracias á paniaguados ó intrusos, pero para asuntos de dogma, especialmente para el desarrollo de la *gran política* (!), eso queda siempre á la incumbencia del jefe del Gobierno, que por lo general

se halla á merced de una mano oculta: *¡Inglaterra!....* Pero ¿contamos aquí con hombres de Estado? ¿Qué es un estadista? Witte, el consejero ruso que entiende de estas cosas á fondo, nos lo dirá: «La principal condición del estadista, lo mismo en Rusia, que en Alemania, que en Francia, que en Inglaterra, *es la voluntad.* Sin una voluntad tenaz, nada útil ni bueno puede hacerse por un pueblo. Pero la voluntad sola no basta. Es preciso, para triunfar, poseer el don de percibir, en el momento crítico, el deseo del pueblo; saber—si vale la palabra—tomarle el pulso.» Ahora bien: ¿dónde están los hombres de voluntad en esa altura que llaman poder? Quedando reducidos á dos los *candidatos,* será cosa de acabar pronto: ¡Maura.... Moret!.... Moret carece en absoluto de esa noble potencia; ya hizo Dios bastante en otorgarle *memoria y entendimiento;* la *voluntad* nos la deja para los desheredados, ya que sin su soberano esfuerzo no podríamos adelantar un paso entre las procelosidades de la vida.

Por lo que á Maura se refiere, más equilibrado, más firme; ése se aproxima algo á la *voluntad;* pero la tal nada tiene que ver con la que caracteriza al hombre de Estado, cuya voluntad ha de ser serena, sin celajes, sin apasionamientos; potencia que eleve el espíritu, fibra que domine la materia. Maura, más que voluntario, es voluntarioso; elevado sobre el pavés, tiene mucho de aquellos emperadores romanos cuyo endiosamiento les llevaba á incurrir en toda suerte de desatinos: ¡el espíritu de bandería le obsesiona! En eso estriba el secreto de su grandeza. Maura, director de la escena internacional, lanzaría á los pueblos, en lucha épica, para entonar con frase verbosa, sobre sus despojos sangrientos. una de esas soberanas elegías, que le hacen dueño de los ánimos, ya que no de los corazones. ¿Se ve ahí al hombre de Estado?.... ¡El don de percibir: la perceptiva diplomática!.... ¡Ah!.... esa desde luego que no se halla en Ríotinto, ni en Salamanca, ni en Valencia, ni en la ley de jurisdicciones, ni en

la supresión de las garantías, ni, en fin, en ninguno de los puntos en donde sientan sus reales los dos beneméritos gobernantes, que, para termómetro de nuestra templanza, rigen nuestros desatentados destinos. Con tales elementos, ¿cabe la confianza en lo porvenir? No habrá aquí mala fe, pero falta el golpe de vista; no existirá pecaminosidad, pero sobra endiosamiento.

Habrá una buena intención más ó menos velada, pero se carece de brújula, y todo cuanto de trascendental se intente, caerá en el dominio de la temeridad, ó más bien en el de la imprudencia temeraria, que es agravante fatal en las cuestiones internacionales. País: no te fíes, pues, de las apariencias; sé previsor y opina como el pueblo ruso, cuya alma asegura que los soldados moscovitas, en la desastrosa guerra con Japón, *eran leones mandados por asnos;* y saldrás en bien de la empresa, por arriesgada que sea; piensa en tus cosas, en lo tuyo y pon en observación la labor de tus administradores, si no quieres que los riesgos,

á que está tan expuesta la vida de los pueblos, que gozan de topografía privilegiada, te anonaden; máxime estimándote, aunque con notoria injusticia, débil, merced á las torpes consideraciones que tuviste con quienes, abusando de tu mansedumbre, te han conducido á la ruina y al desastre, y á lo que es peor aún: ¡al ridículo!

Como la *historia es la maestra de la vida*, conviene de vez en cuando exhumar el pasado para ver lo que nos enseña.

A las mientes me viene ahora un hecho que hubiera podido variar todo el rumbo de la política española y acabar para siempre con la perniciosa influencia ejercida por Inglaterra. No supimos aprovecharnos de esta coyuntura, y hoy tocamos las consecuencias. Para el día de mañana, pues, que algo análogo surja entre los horizontes de la política internacional, y el azar nos depare idéntica ocasión, sepamos, pues, cómo nos hemos de agenciar para salir en bien de la demanda. Interin, adoptemos un lema que es fácil

que excite nuestra epidermis apergaminada; *digamos* alto, bien alto, á voz en cuello, *para que nos oigan allí en donde oyen con gran dificultad, por la sencilla razón de que no quieren oir:*— ¡ANTES RIFEÑOS QUE INGLESES!

Y ahora mentemos el hecho de referencia.

***

En plena guerra de 1870, el Gobierno francés buscaba la alianza de España, en la que creía encontrar, á más de la simpatía de razas, la comunidad de intereses. El conde de Keratry fué encargado de la delicada misión cerca del Gobierno español, presidido por el duque de Castillejos. Monsieur Jules Fabre, ministro de Negocios extranjeros, había precisado en una carta enviada á Mr. Keratry las proposiciones del Gobierno francés. En ellas se pedían á España 60 ú 80.000 hombres, que serían sostenidos por Francia. Esta, á su vez, emplearía sus buenos oficios para la paci-

ficación de Cuba y la Constitución del Estado ibérico, uniéndose por consenso mutuo Portugal y España. Además, *Francia adquiriría el compromiso de proteger á Cuba contra una intervención extranjera, y ofrecía una subvención de 50 millones de francos, destinados á resolver las dificultades financieras*. Los párrafos más salientes en que el conde de Keratry relata el resultado de aquellas negociaciones son de gran interés y no puedo resistir á la tentación de consignarlos al pie de la letra. Dicen así:

«El miércoles 19 de Octubre, á las dos de la tarde, entraba en el Ministerio de la Guerra, adonde el general Prim me había citado. El general fué en extremo amable conmigo. Se informó de mi salud, é inmediatamente entramos en materia.

—» Comprenderéis — le dije — que es preciso que los motivos de esta visita sean del más grande interés para haber salido de París en globo y ponerme en camino de Madrid sin permitirme el menor descanso. Os diré, antes de entrar en ma-

teria, que Mr. Olózaga, vuestro embajador en Francia, me ha presentado á Mr. M..... como la persona de toda vuestra confianza. Este me hizo algunas confidencias, que creí deber comunicar á Mr. Jules Fabre, y con este motivo celebramos una entrevista Mr. M....., el ministro de Negocios Extranjeros y yo. En ella adquirimos la certeza de que el general Prim estaba animado de los mejores sentimientos y dispuesto á pactar una alianza con Francia, mediante un apoyo moral y material.

»Después de esta especie de prólogo, que el general escuchó con gran atención, le expuse los peligros que traería consigo la invasión de Francia por el ejército alemán. Le hice notar las afinidades de raza y de intereses de nuestros países, el carácter semisalvaje que tomaba la guerra, los buenos servicios prestados por Francia al gobierno español y las aspiraciones republicanas de los liberales españoles, reforzadas por el disgusto de los carlistas. Cuando terminé esta larga expo-

sición de motivos, pregunté categóricamente al general si el gobierno español, que había reconocido oficialmente la República francesa, pensaba ser testigo impasible de nuestros desastres, de los que esperábamos salir vencedores por nuestras propias fuerzas, pero que, para abreviar su resultado, esperábamos el concurso activo de España, como Mr. M..... nos había asegurado.

—»Voy á hablaros — me dijo el general — sin rodeos, como habla un soldado, no como diplomático; como amigo de Francia y de mi país. Nosotros somos la causa inconsciente de vuestras desgracias. Yo deploro el desastre de Méjico, y más el desastre de Sedán. He hecho toda clase de esfuerzos para evitar que se presentara esa desgraciada candidatura que debía ensangrentar vuestra patria. Cuando logré descartarla y dejar libre á mi país y á Francia con respecto á Prusia, á pesar del lenguaje empleado por MM. de Grammont y Ollivier, altanero para Alemania y humillante para España, á quien esos ministros no

querían permitir que dispusiera libremente de sus destinos, os aseguro que respiré libremente. Pero la Francia imperial, el ministerio, la nación y las Cámaras, excepto las oposiciones, han querido la guerra. Si antes de Sedán hubiérais llamado francamente á la afinidad de la raza latina, Italia y España hubiesen respondido á vuestro llamamiento. Pero hoy, en que una ciudad de dos millones de almas, vuestro único y solo elemento de resistencia, va á sucumbir forzosamente por el hambre, ¿qué queréis que haga España, nación de tercer orden, viviendo en una interinidad y en la pobreza?

»Interrumpí al general para decirle:

—»Me han asegurado, señor general, que estáis en comunicación constante con Mr. Bismarck. Me habéis dado vuestra palabra de honor de guardar el secreto de esta entrevista. Voy á hablaros con la misma franqueza que habéis hablado. Estoy dispuesto á salvar á mi país, y para ello emplearé todos los medios. Me habéis dicho que

España es una nación de tercer orden, que su situación es difícil por su interinidad y su pobreza. ¿Habéis olvidado que Italia hace diez años no era nada y que, gracias á Mr. Cavour, se ha elevado á nación de primer orden?.... ¿Olvidáis que Prusia, antes de la guerra de Crimea, no era más que una nación de cuarto orden? ¿Es que el general Prim no verá con gusto levantarse su país y salir de ese estado de interinidad de que se acaba de lamentar ahora mismo? Yo creo que para hacer frente á las exigencias y á las susceptibilidades políticas habéis retrasado la solución española, simulando á los ojos de vuestros compatriotas diferentes tentativas de combinaciones monárquicas. Y, puesto que hablamos francamente, permitidme que destruya un error de vuestro espíritu. No creeis en la vitalidad de la República francesa, y estáis en un error. La República vivirá y ella salvará á Francia. Será largo, doloroso; pero ella la salvará. Creedme: ha llegado la hora de tomar una iniciativa y de conservar la gloria de un movi-

miento liberal, del que tal vez dentro de tres semanas no seáis ni el amo ni el regulador. No ignoráis que en la primera reunión de las Cortes la Unión liberal va á exigiros que se decrete la Liga ofensiva y defensiva de España con Francia. Las Cortes, que lo prefieren todo á vuestra República anónima, incierta como su Gobierno, serán el apoyo natural de la Unión liberal. Tened el valor de tomar la jefatura de ese movimiento y sed el presidente de una República basada en la Unión ibérica, fundada con el asentimiento de los dos pueblos. Presidente de la República, yo os prometo el apoyo del directorio republicano y el del gobierno francés. En cuanto á la pobreza momentánea de España, tan rica en recursos latentes, recordad que jamás España ha llamado inútilmente á nuestras puertas, y en cambio de los 60.000 hombres dispuestos á entrar en campaña, yo os prometo pagarlos, y además un subsidio de 50 millones que estarán á vuestra disposición. Por otra parte, os garantizamos la posesión de la

isla de Cuba por nuestros buenos oficios, y en caso necesario con nuestra armada, si alguna nación tratara de intervenir.

—»Señor conde—me contestó—: estoy agradecido á vuestra lealtad y admiro vuestro patriotismo. Yo también amo á España, y por muy seductor que sea el papel que me designáis, no puedo acceder á vuestros deseos. Os diré sin rodeos que odio á los prusianos y amo á Francia como mi segunda patria. Si no fuera español querría ser francés. Pero lo que me proponéis es imposible: España no quiere la República, porque no tiene fe en ella. Los jefes republicanos son amigos míos; os aseguro que viven de ilusiones.

—»General—repliqué—: me llevo de aquí un profundo sentimiento, que tal vez un día compartiréis conmigo. La guerra civil será más ruinosa para España que la guerra con el extranjero. Y tened cuidado de que vuestro futuro rey no sufra la misma suerte que Maximiliano.

Creedme: la República y sólo la República puede salvar á España, como salvará á Francia.»

Tenía razón el conde de Keratry; la guerra civil, que es el problema religioso, vive en todas las conciencias, y hay para rato antes que todos comulguemos en la propia afinidad, que constituirá la paz definitiva. He aquí una de las causas capitales de nuestra ruina. Prim, que era un pesimista, hasta el punto de afirmar que «todo cuanto sucede en el mundo es obra de la fatalidad», se pasó el tiempo en el poder haciendo tentativas, buscando tafetanes para nuestros duelos, sin considerar que el gobernante, entre sus cualidades más ingénitas, ha de contar con la orientación.

Prim sufrió, pues, una equivocación tremenda no yendo á la guerra internacional. *Prim, como todos nuestros gobernantes, fué esta vez juguete de Inglaterra.*

La guerra internacional fuera en aquel entonces panacea de nuestros males. Hoy ya es-

taríamos curados; pues no, no era aquella generación como la actual, que, presa de estupor pánico, *se dejó arrojar á puntapiés de América, por virtud de la diplomacia inglesa, que sólo es grande á costa de la dignidad de España.*

VII

No hay modo ni manera de transigir con la característica solapada de Inglaterra, nuestra rival en otro tiempo, hoy nuestra traicionera árbitra. Los ingleses siempre vieron con recelo y disgusto cuanto guardare relación con nuestra prosperidad y nuestro poderío. Entre las mil pruebas que puedo aducir, si no bastan ya con las consignadas, citaré el texto de una carta suscrita por Keene, embajador británico en España, en tiempo de Felipe V y dirigida al duque de Newcastle: «Desde que estoy en Madrid, noto con gran disgusto los adelantos que hace el ministro Patiño en su plan de fomento para la Marina española, acerca de cuyo particular me he ocupado en casi todos los oficios que he tenido la honra de dirigir á la

cancillería londinense. Patiño tiene el tesoro á su disposición, é invierte cuanto puede en la construcción de buques.» Así se explica que, siempre que Inglaterra ha tenido ocasión de hundir nuestra Armada, no la ha desperdiciado, pues, aun sin estar en guerra ambos países, según indiqué, trató de destruir nuestras fuerzas navales, sin reparar en el procedimiento.

Inglaterra se vale, pues, de todos los medios; con tal de lograr el fin: de consiguiente, mal puede ser de los jesuítas esa máxima: si acaso la habrán aprendido de los británicos; que en ésta, como en otras muchas cosas, son altamente originales, é incomparables maestros.

Si Inglaterra fuese un Estado sensato, para hacerle entrar en vereda, bastaríale recordar aquella famosa frase, pronunciada por Escipión *el Africano*, tras haber arrasado y sembrado de sal las ruinas de Cartago: *¡Hasta ésta, oh, Roma, ha de ser tu suerte un día!*.... Escipión era, pues, un clarividente, ya que á muchas olimpiadas de

centurias de distancia, preveía el aniquilamiento de su patria, en aquel entonces harto omnipotente. Mírense, pues, en ese espejo los ingleses; *recuerden y aviven el seso, contemplando cómo se pasa la vida, cómo se viene la muerte;* pues si hoy su dominación abarca la quinta parte de la totalidad del globo, ó sea la bestialidad de 27 millones de kilómetros cuadrados, con una población de 360 millones de habitantes; á cuya cifra, si unimos los protectorados que ejercen en Asia y Africa, alcanzan la friolera de 840 millones de habitantes, ó sea más de la mitad del censo del mundo; hay algo que está por encima de la ambición de los hombres, *el poder de Dios*, según los creyentes, y la *Ley natural*, según los ateos; y ese Dios ó esa Ley reducirá á la nada, en fecha más ó menos remota, el enorme poderío del becerro de oro con extremidades de barro. El poder de España también fué inmenso; su radio de acción, ilimitado; dueños como fuimos de dos terceras partes del nuevo continente, y en el antiguo, de Italia, Países

Bajos, Austria, Alemania y aun de Grecia; de grandes territorios en Africa y de la mayoría de las islas océanicas, véase á lo que ha quedado reducida nuestra soberbia grandeza. Plagiemos, pues, á Escipión y digamos con todo el dolor, que es capaz de transmitirnos *ese inglés* que cada uno de nosotros tiene metido ya en el cuerpo: *«Hasta ésta ¡oh, Inglaterra! ha de ser tu suerte un día.»*

*
* *

«El principal carácter de la política internacional de la Gran Bretaña es la reserva más absoluta. ¡Cualquiera adivina lo que se teje y desteje en los antros tenebrosos del gobierno inglés! Allí figurarán el flamante proyecto, ya casi realizado de dominación universal, *y el plan de conquista ó compra ventajosa de Baleares, Canarias, Ceuta, Tarifa, Algeciras, Sierra Carbonera y..... todo lo demás que fuese necesario, hasta reducir la España á colonia inglesa*, por estilo de la India,

con *hambre y peste provocados*..... Quien lograra apoderarse de esos papeles secretos, expondríase, es verdad, á ir á presidio; pero conseguiría, en cambio, la inmortalidad reservada á los grandes genios» (Martínez Unciti). Aquella cancillería semejará sin duda el puerto de *Arrebatacapas*. ¡Qué honra para la familia!

Nuestro aislamiento internacional nos ha colmado de desdichas; pero ese aislamiento ha sido dictado ó poco menos por Inglaterra, que en todo tiempo ha intervenido en nuestras cosas. La desaparición del mundo de los vivos del gran rey Alfonso XII (no temo ser contradecido) fué debida Dios sabe si á algún plan fraguado con mayor parsimonia que el que eliminó á Cánovas, pero cuya ejecución nos privó de una cabeza clarividente, que es fácil, que con el tiempo, hubiera sido el alma de una confabulación contra los ingleses, cuya corrosiva política destruye la unidad de los pueblos. «Inglaterra, con su eterno sistema de entrar vendiendo para salir mandando», es una

eterna amenaza suspensa sobre todos los pueblos libres. Tres son los resortes que Inglaterra emplea para ser grande, poderosa y fuerte..... Primero, una marina militar, superior en número y elementos de combate á la correspondiente á dos ó más grandes potencias reunidas; segundo: sistema colonial, cimentado sobre el *selfgobernment*; y tercero: libertad comercial con arreglo á las teorías de Adam Smith, que la permiten enviar sus productos á luchar con ventaja en todos los mercados del mundo. Si Francia ú otra nación se decidiera á atacar á los ingleses en su propio territorio, tendría que observar los siguientes principios: 1.°, concentrar toda ó gran parte de su escuadra; 2.°, proteger el transporte de las tropas, y 3.°, guardar y mantener las comunicaciones. El cúmulo de líneas férreas extendidas en el territorio inglés harían, sin embargo, dificultoso el desembarque de tropas, máxime si se atiende á la astucia infernal empleada por sus gobernantes, que de antemano concentrarían casi

todas sus escuadras en el Canal de la Mancha; por eso precisaría que, aprendiendo en su prudencia, no fuese una nación sola la que emprendiese tarea tan descomunal, y que la contrincante de Inglaterra contase siempre con el auxilio eficacísimo de Rusia, para que ésta invadiese la India, verdadero emporio para los desaprensivos gobernantes ingleses.

Como la ambición desmedida de los británicos obedece á su afán del desarrollo del comercio, que hace á los pueblos fuertes y libres, conviene que meditemos un instante sobre las alianzas entre las naciones europeas. Es fácil que la prosa entre por mucho en este cálculo; pero así lo quieren las circunstancias que nos impulsan á contrarrestar la acción inglesa, que lleva trazas de acabar con la producción de todos los países europeos.

Inglaterra sabe de sobra que para infundir respeto y no temer nada, sinónimo esto de la prosperidad de la industria y el comercio, se requiere la mayor cantidad de elementos de guerra posibles;

así ella se halla siempre dispuesta á sacar bronce para sus cañones de las mismas entrañas de la tierra. Estimando en su intrínseco valor el bien entendido principio de que la prosperidad y la riqueza están siempre á merced del más fuerte; Inglaterra consume su *splin*, pertrechándose de todo género de elementos destructores; para, no tan sólo defender lo propio, si que también arramblar con lo ajeno. Esto último es lo que viene ejecutando en el transcurso de los siglos, á ciencia y paciencia de todas las naciones continentales.

Si hubiese algún Estado que tomase sobre sí la tarea de sembrar enemistades contra Albión, acto seguido observaríamos cómo los ingleses, que se pasan de prudentes, halagarían el amor propio de su adversario, valiéndose aun de procedimientos rastreros. Si este plan no daba resultados positivos, trataría de promoverle algún conflicto de orden interior, que son los que más cuidado infunden á los gobiernos conscientes, en cuya manipulación son en extremo prácticos *nuestros ami-*

gos, ya que en España han tenido por sistema producirlos en todas épocas y ocasiones. Si tampoco diese esta asechanza la ansiada consecuencia; el inglés, *que siempre agota todos los recursos, cuando supone fuerte á su adversario*, miraría de provocar algún conflicto entre su contrincante y un tercero, para que éste le sacase las castañas de las brasas, y así sucesivamente; hasta que, mermadas las fuerzas vivas de su enemigo, por varias, y aun infinitas contingencias, aprovecharía la ocasión de arrojarse sobre él á mansalva, haciéndole entonces objetivo de las píldoras *dum-dum*, de la dinamita y de cuantos elementos infernales han recusado, por inhumanos, los pueblos que tienen por máxima nuestra caballeresca divisa: *¡No me saques sin razón, ni me envaines sin honor!*

VIII

Entre todas las negaciones ninguna tan disolvente como la denominada *razón de Estado*, á la cual deben generalmente los pueblos sus grandes desdichas. *Razones*, pues, *de Estado* fueron: la derogación de la ley Sálica, que hizo desandar á España cien años, y esa enormidad de la Regencia, conocida por guerra con Norte-América, que si nos despojó de las Antillas y del Archipiélago magallánico, *en cambio* nos mostró ante Enropa completamente galvanizados y en un estado de desnudez, propio tan sólo de quienes pierden el pudor, que es lo último que hay que perder; ya que el pudor es don divino y su desposesión degradación sin medida. Hechos de ese calibre, al parecer, es posible que no se repitan por ahora,

ya que Inglaterra, elixir de la generosidad, nos tiende su mano y llama á su seno, si imperial, intemperante; en donde, si no nos salvamos por virtudes nigrománticas, en cambio correremos el albur de perecer asfixiados entre las zarpas del leopardo. Toda la magia virtual que puede animar nuestra existencia está concentrada en un *cartucho de perdigones:* timo que debe su invención á algún habitante de más allá del Canal de la Mancha. ¡Vayan, pues, ustedes á conocer el tiempo que nos resta de vivir como pueblo independiente, que no es igual que libre; cuando las campanas cancillerescas no resultan muy escrupulosas en tocar á anexionamientos!

La razón de Estado, residuo y hez del feudalismo medioeval, es el ariete que usan los gobiernos para el aplanamiento y pulverización de las muchedumbres; es el círculo de hierro candente que aprisiona la voluntad nacional, á quien la oligarquía jamás permitió expansionarse. La más gallarda de ellas resulta una celada. Bien recorda-

réis aquel exabrupto regio del año 35, la quema de los conventos, en que la razón de Estado, por excitar á las masas contra el carlista, coco del cristinismo, les imbuyó el incendio y el saqueo de los bienes monacales. La razón de Estado es así, todo lo convierte en instrumento, y la conciencia pública fué esta vez la víctima propiciatoria; ved, si no, la consecuencia de aquella represión inaudita; se suprimieron casi en absoluto conventos y frailes, y hoy los tenemos á granel, á cientos de miles, hasta el punto de que disfrutamos lo menos á diez por barba. La corte es un semillero de ellos; Barcelona, otro; otro Bilbao; cuando más progresiva es la capital, tantos más monasterios cuenta. España se repuebla de célibes forzosos, que con sus preces harán de este país el primero del mundo. *¡Gaudeamus!* ¡Todo eso tenemos que agradecer á la razón de Estado, que arrastra al pueblo al desmán, y volviendo después por la vindicta social, escarnecida, aherroja y ahorca á ese mismo pueblo; práctica maquiavé-

lica que agosta en flor todas las aspiraciones, aun las más nobles, robustas y santas. ¿Por qué se nos tiene que hacer vivir de ese tenor? ¿Por qué arrojarnos en ese ambiente mefítico de embuste y de pasiones bajas?.... No lejos de España existe un pueblo floreciente, próspero, casi feliz; no es Italia, porque nuestra hermana latina aún tiene el problema católico por resolver; no es Francia, porque Francia, aunque hecha á prueba de convulsiones, aún se agita á merced de locas contingencias; ni es Inglaterra, ni Germania; sino Bohemia, ese país tan plácido como Suiza, tan laborioso como Holanda y tan noble como España, el pueblo de los tristes destinos; Bohemia, en donde el catolicismo tiene bases quizá más arraigadas que entre nosotros, cristianos á intervalos; Bohemia, que vive como Dios manda, mirando al progreso, que no está reñido con la religión; lugar en donde todo florece, hasta el punto de que el fraile, que abunda allí bastante, es suficientemente ilustrado para transigir con las

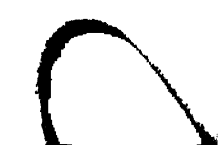
creencias ajenas por cismáticas que sean, y capazmente úrbano para alternar en sociedad, quien mira en él á un elemento progresivo: nunca á una nota discordante. ¿Qué dirían los católicos, los intransigentes de por acá, si cualquier orden monástica concordada, porque aquí ya todas lo están, vendiese terreno de su propiedad para la erección de un templo protestante ó politeísta? Sería cuestión de emigrar al monte de Torozos para no vólverse orate al vocear de las santas imprecaciones. También, también nuestros librepensadores tendrían tema de estudio para poner en evidencia la sórdida avaricia del fraile; y, sin embargo, nada más injusto, pues todo ciudadano tiene derecho inconcuso para enajenar sus bienes en la forma que tenga por conveniente. Pues eso que á nuestros católicos les escandalizaría, hasta el punto de estimarlo inverosímil, ¡fabuloso!, ocurre á diario en Bohemia, en uno de cuyos puntos, Marienbad, son los frailes casi únicos propietarios, y en terreno vendido ú acensado por ellos,

se levantan actualmente edificios destinados á cultos exóticos, desde el anglicano hasta el siónico. Marienbad, estación cosmopolita, á fuer de balneario de primer orden, alberga en su recinto á toda la humanidad doliente por heresiarca y politeísta que sea; Madrid, castillo famoso, aún anda empedrado de intemperancias musulmanas, hasta el punto de que su alta nobleza se retrae de recibir á Loubet, presidente que de todo tenía, menos de gentil y pagano. Los frailes bohemios, católicos romanos á macha martillo, hacen la corte al empecatado Eduardo de Inglaterra, con quien Alfonso XIII emparienta y el Sumo Pontífice departe. Madrid, Barcelona, Bilbao, son centros en donde la enseñanza laica, para secularizarse, hace inútiles sobrehumanos esfuerzos. Andamos, pues, tan medrados de nobleza como de progreso, catolicismo y gobiernos: balance negativo. En todo nos ha de matar el *déficit*, cuando el *superávit* es el prototipo de las aspiraciones internacionales hemisféricas.

En el ambiente de la sociedad moderna coge todo el mundo; todo y todos caben, y el fraile no es tan dañino para que se le elimine; al fin y al cabo sale de entre nosotros, lo propio que el soldado. No surge, no proviene de las clases altas, sino de las medias y del pueblo. Se le diesen al individuo tantas facilidades para ganarse el sustento trabajando, como para meterse á cartujo ó trapense y fueran los meños quienes optaran por la vida contemplativa; dígase lo que se quiera, aquí lo que hay es una cuestión de estómago. Sea usted seglar y obrero, cásese usted, porque no hay otro horizonte visible, ni se ha inventado otro medio de vivir sin incurrir en anatema social; tenga usted mujer, hijos; sea usted esclavo, en igual grado de las preocupaciones y de las necesidades de la vida, y queda usted constituído, *per in æternum*, en caballo blanco de impuestos; pues es vigente la gran teoría de que quien forma familia es porque se encuentra con medios para ello; y vienen en consecuencia sobre usted

el casero, el municipio, el Estado y toda la cohorte de monopolios, de exacciones gubernamentales, que le declaran prisionero de guerra y que le tratan, no como á paria, que mucho le holgaría, sino como á carne de impuesto, y en concepto de tal se le condena graciosamente á vivir en una ergástula. Estas resultan las consecuencias de ser seglar y obrero, y por ende casado y padre de familia: así es como se estímula la especie legítima. Todo ese enjambre de dificultades y de desdichas, de amarguras y de dolores; todo ese calvario de pesadumbre, queda desvanecido si se inclina usted *de la otra banda*, cuyo goce bien merece la abstención, bastante problemática en muchos, de la acción carnal, loco apetito que asaz caro cuesta al infeliz proletario seglar. La vida comtemplativa, el ministerio sacerdotal resulta de una conveniencia y placidez sin segundo, pues si en épocas críticas y que todos los enemigos de la violencia abominamos, sufre sus extorsiones, en cambio el obrero, *siempre obrero,* padece perse-

cución perpetua, ya que la miseria y el dolor persisten en no abandonar su puerta. Esto y éste sí que no tienen redención posible. En calidad, pues, de irredentos hemos de vivir resignados, pero la resignación es aparente, ya que el malestar cunde y es contagioso y se habla de reivindicaciones enfrente de las tropelías, que hasta lo más mansos afirman que esto no puede perdurar. Pero lo triste, lo desconsolador es que la regeneración nos venga del país de la herejía.. La Providencia hasta en eso nos quiere poner á prueba; esa inmaterial proveedora, que, aunque algo remisa, según los incrédulos, siempre se presta á velar por quienes comulgamos en la fe de los Apóstoles, únicos auténticos creyentes, pues todos los demás son réprobos y relapsos destinados á la hoguera apocalíptica, que lleva consumidas tantas testas de reyes y de pontífices, según testimonio de nuestro perínclito Torquemada. Pero, repito, ¡lo que son las cosas, las viceversas de la vida mundanal, que ponen á prueba la certidumbre de



los más austeros! para sacar la nave del Estado á flote, para librar al país de la bancarrota, no existe otro remedio que arrojarnos en brazos de los herejes. Los dados esta vez vienen ¡benditos! de Inglaterra, que nos someterá á no tardar á un tratamiento peregrino. ¡Triste profilaxis la que nos aguarda!; hay para ponerle á uno la piel de gallina..... Todas las regiones tocarán las consecuencias de esta malignidad; pero la destinada á ser cabeza de turco, caballo blanco y empresario bancarrota es Cataluña: esa espléndida región que hoy celebra con gran pompa su fiesta de *solidaridad*. Las glorias de este mundo son deleznables. ¡Sí, holgaos, catalanes; reid!:

Pasad esta noche alegres,
que es la noche de San Juan;

mañana, Dios dirá, ó mejor dicho, los ingleses; porque el Señor puso en nosotros el criterio para que no desbarrásemos. Para cualquier observador situado más allá del Canal de la Mancha, los ecos

de estas fiestas de *solidaridad catalana*, se le antojarían algo así como el *canto del cisne.....*

¡Pobre diablo Satanás!
bebe vino;
embriágate y verás,
qué divino
se te antoja á ti el infierno
en verano y en invierno.

¡Así, pues, catalanes, embriagaos con vuestras pintadas victorias, con vuestros triunfos imaginarios! Todo es según el matiz *del cristal con que se mira*, y al resplandeciente Baltasar, rey de Babilonia, también le parecían de oro y piedras preciosas aun los actos menos cabales de su sibarítico imperio; hasta que el *Mane*, *Thecel*, *Phares* vino á echar por tierra todo ese oropel de mundanales ilusiones. Por las trazas, se me antojáis todos unos míseros Segismundos. Cuando despertéis de ésta, os hallaréis en la jornada de la cueva, aherrojados y confundidos. Los efectos de la insensatez siempre son los mismos; y la *vida, sueño.....* ¡*Endevant les haches!*

IX

Los ingleses, que siempre están á punto de meterse en casa ajena, olvidan que en la suya la escoria les llega al cuello. No existe nada más inhumano que un gobierno, y si este gobierno se llama inglés, ved en él resumido cuanto existe de más cruento y de más infame. El británico Sir Charles W. Dilke, en su obra *Las capitales del mundo*, nos dice acerca este particular: «Me ha sido fácil, como presidente de la comisión de alojamientos obreros en Londres, hacer una averiguación, averiguación interesante, ¡pero de qué doloroso interés! en los barrios del Centro, en Clerkenwell, en el Sur y en el Sudeste. He visto de cerca la antigua ciudad y la ciudad moderna; la ciudad de extrema opulencia y la ciudad de la

suma miseria..... La *City* de Londres es un pequeño espacio inmensamente rico: 50.000 personas duermen en su recinto y están inscritas en el censo como habitantes; medio millón de hombres la frecuentan durante todo el día para sus negocios. Para el observador, el Londres verdaderamente curioso es el Londres de Whitechapel, con sus *tabernas de ladrones.....*, la ciudad de los pobres, la ciudad de la miseria, que en London, lo mismo que en Liverpool, en Glasgow, en Nueva York y en los demás *grandes centros de prosperidad comercial*, forma como la parte inferior, *el reverso espantable de la riqueza y el lujo*. Para luchar contra esta terrible miseria gastamos en Londres mucho más que en ninguna otra parte; pero el éxito no está en proporción con los esfuerzos, y *no tenemos derecho á celebrar los resultados obtenidos*. La caridad en Londres está abrumada por gastos de administración excesivos; puede, pues, y debe decirse, que *el problema de la miseria aún no ha hallado solu-*

ción. Apenas si la cuestión está desflorada.» Allí con todo se especula, hasta con la caridad.

Unid á esto lo que está ocurriendo á diario en Irlanda, en donde la gente desfallece de hambre por las calles; lo que acontece en la India, en donde por cada pequeño industrial hay quinientos famélicos; lo que pasa en Australia, en donde se da caza á los *monos* indígenas; lo que ocurre en el Transwaal, en donde emigra la gente á montones, y os podréis hacer un cargo aproximado de lo que sucede allí. *Digo eso y lo remito, á quienes, abominando de nuestra situación económica, dan un bochorno al españolismo, afirmando que los ingleses nos vienen á redimir*. ¿A redimir qué? A arramblar con lo poco que nos queda; como arramblaron con miles de preciosidades, de cuadros y de lienzos, de porcelanas y de tapices, y cuanto hallaron á la rapaz mano. Vendrán, sí, pero para terminar su obra de destrucción; á robarnos los tesoros representados en la casita del Príncipe de El Escorial, y á continuar

el despojo de nuestros museos y de cuanto de valor nos queda. No nos usurparán el palacio de Oriente ni el del Fomento, porque los cimientos se lo impiden; ni lo que encierra el Banco de España, porque los judíos de los accionistas lo defenderían con los dientes y las uñas; pero cargarán con todo el contenido en la Casa de la Moneda, que algo les indemnizará de lo trabajoso de la jornada.

Testigos *casi* presenciales me han referido (sus abuelos se lo narraron), las atrocidades cometidas por esos normandos sin conciencia, en nuestra antigua fábrica de tapices y en la de porcelana del Retiro. ¡Aquello clamaba á Dios!, lo que por su volumen no podían secuestrar, lo hacían añicos; la cuestión era dejarnos despojados como inválidos, pelados como monas; reducirnos á la miseria abyecta; contaminarnos su prostitución y arrojarnos al muladar; y, una vez exánimes, proceder á la cremación de los despojos y al aventamiento de las cenizas, para que no reste una

triste molécula de la noble raza española. Nuestra hidalguía les crispa los nervios; nuestro magnánimo corazón les confunde. Así como el diablo no puede soportar la presencia de la cruz, así el inglés rabia en cuanto ve un español; somos su pesadilla, y mientras exista un compatriota vivo no habrá paz para el espíritu de ese Estado, que es la carcoma de la civilización.

Ese desasosiego del inglés, es debido á que le consta que un día ú otro ha de hallar quien le haga frente y aún reduzca á polvo. El dedo de Dios se ha de valer de algún instrumento para abatir el desapoderado orgullo británico; y como hay precedentes de que España ha sido el país en donde se han iniciado las grandes contiendas y saben que nuestros soldaditos han visto á muchos enemigos las espaldas, siempre temen que entre nosotros se les alborote el cotarro; que salte aquí la chispa que produzca el incendio que ilumine la destrucción de la corrompida Babilonia moderna.

Por otra parte, ellos no las tienen todas con *Gibraltar*, que siempre temen amanezca español por obra y gracia de algun taumaturgo. Como saben, por sus mismos técnicos, que Gibraltar es un fantasmon que ya á nadie asusta, pues Sir Charles Dilke asegura «que los progresos de la artillería moderna han desposeido al Peñon de su antigua superioridad» y aunque se pretenda hacerlo inexpugnable por mar «contra un bombardeo por tierra, no existe para Gibraltar, á causa de la configuración de la costa, medio alguno de defensa posible, si España se une al adversario de Inglaterra»; y como, por otra parte, García Roure manifiesta que «es cosa por demás sabida, que convenientemente fortificada la bahía de Algeciras, no llegaría barco alguno á Gibraltar, ***sin la venia de nuestras baterías***»: aquí teneis la clave del secreto, el por qué los ingleses no toleran que nosotros nos fortifiquemos en las inmediaciones de Gibraltar, pues con prudencia excesiva, lindante en el temor, siempre presumen ser atacados, sin

previo aviso, según ellos hicieron en todas épocas y con todo el mundo.

El Estado inglés es sórdido y miserable. Ahí teneis á Chamberlain, el autor desaprensivo de la guerra con el Transwaal. El sindicato de dinamita creado en este país tenía por objeto lo que todos los sindicatos: hacer su negocio; pero este negocio era contrario á los intereses de la pandilla del tal político, y hubo de determinarse la guerra. Una casa de Birminghan, localidad representada en Cortes por Chamberlain, inició la campaña *para explotar el negocio,* y con el fin de interesar á Chamberlain, obsequió á sus hermanos *por el pronto* con 10.000 acciones de 250 francos, cuya dádiva representaba una muy pequeña parte de los intereses que la familia de tan aprovechado político poseía en el Transwaal, *hoy todo suyo.* En aquella sazón, como se recordará, Chamberlain era ministro de las Colonias, y declarando la guerra al Transwaal abusó de su situación y de sus compatriotas. Es tan *vivo* este mister, que,

siendo él el principal accionista de la Compañía real del Niger, hizo que el gobierno inglés favoreciese con una gran subvención á la citada empresa; desahogo que le colocó en evidencia ante el Parlamento británico y que reveló el motivo de su intransigencia en la cuestión del Transwaal. Chamberlain pretendía obtener de los boers grandes privilegios, porque él tenía y tiene allí grandes negocios, de los que deseaba entonces sacar el mayor partido posible; y para obtenerlo no vaciló en sumir á Inglaterra en las contingencias de una guerra injusta. Para más poner en evidencia la idiosincracia de este desahogado político, conviene consignar que las balas ***dum-dum***, que fueron por sus efectos mortíferos objeto de la execración del mundo civilizado y de las protestas de la Cruz Roja, estaban fabricadas por una casa de la que era *factotum* el propio Chamberlain, ministro entonces de las Colonias. La guerrra, pues, era otro negocio para este político infame; así pues, no extrañéis que á su advenimiento al poder

vuelva á hacer otra de las suyas, y de no prestarnos á sus exigencias, nos facture una de balas *dum-dum* que nos encienda.

*
* *

Aprended flores: vosotros los que cifráis en el pabellón británico, no tan sólo la consolidación de vuestros intereses, sino el fomento de vuestras más graciosas esperanzas. *En Londres hay más miseria que en Madrid y más ladrones.* Obraremos, pues, muy cuerdamente reaccionándonos y rehusando, con la mayor cortesía, la ejemplar tutela inglesa.

El español ya es mayor de edad, y quien no lo sea, que se reselle británico, para que sepamos de quién nos debemos guardar.

X

No se puede decir que es esta ocasión propicia para una intervención internacional pacífica, pues, merced al fatalismo musulmán de nuestros gobiernos, todo tiempo es abonado para uncirnos al carro del triunfador. Pero parecería natural que éste, en cuya mano se halla la dispensa de las mercedes, fuese noble y pródigo, como personalidad de elevados sentimientos; pues, nada más lejos de eso. En Inglaterra, con rarísimas excepciones, los políticos que llegan al poder tratan á sus gobernados á baqueta; y si en tal forma proceden en el orden interior, ayúdeme usted á sentir de lo que serán capaces con los pueblos que caen bajo su garra, en sus merodeos por la superficie terráquea.

Algo ya adelanté respecto al modo y manera de obrar de Chamberlain, á quien tendré que tomar como tipo, ya que caracteriza de un modo solemne al político inglés, en su triple aspecto de travieso, desaprensivo y decididor. Chamberlain, en su larga carrera de la vida, ha ejercido oficios los más encontrados: principió siendo zapatero remendón, para pasar luego á mozo de cordel y contrabandista, de cuya época se refieren de él algunas hazañas, pues dió pasaporte inmediato para el otro mundo á varios agentes de vigilancia que desempeñan el servicio que aquí los carabineros. Por este camino fué siguiendo hasta que se metió á político. Un pájaro de tal casta desde luego que estaba destinado á figurar en política, pues en Inglaterra, más que en ningún otro país, con una gran dosis de desahogo, se basta y sobra uno para llegar á todas partes. ¿Que si Chamberlain tiene alguna carrera? Sí, dos y bien productivas por cierto: *¡la de ladrón y la de asesino! Es ladrón*, por cuanto merced á su malhadada in-

fluencia, lord Salisbury se inclinó á favorecer, bajo cuerda, á los norteamericanos en nuestra desigual lucha con ellos. *Es asesino*, porque, merced á sus asechanzas, nosotros fuimos á la guerra con una nación que nunca se atreviera á desafiar abiertamente las iras de España. La cuestión del *Virginius* es de ello fiel testimonio. El estar casado Chamberlain con una norteamericana, le llevó á mostrarse de completo acuerdo con la rapacidad *yankee;* sin embargo, cuanto hizo en favor de Norte-América y en contra nuestra, fué con su cuenta y razón; *¡ese no hace nada por nada!* Qué tal será la calaña del tal sujeto, cuando Castelar, que era un modelo de urbanidad, cortesía y comedimiento, le denominó PIOJO RESUCITADO en un artículo suyo, que guardo como oro en paño, inserto en *La Publicidad* en 1898. Este maldito piojo, pues, dió á España una picadura mortal, y debemos execrarle, ya que no alcanzamos á ponerle el tacón encima, para hacer de sus sesos una espléndida tortilla.

Parecería natural que un Estado, repito, que *tiene por oficio vencer* (!), fuese generoso y humano con el caído, pues, nada más lejos de eso. Los villanos, cuando por sendas más ó menos lícitas llegan á las alturas, se muestran en ellas tiránicos y crueles. Cuestión es esta de educación y de principios, más que de estudios y de saber. Inglaterra no es humana con los vencidos porque tiene el corazón encallecido á fuerza de piraterías. Reparad en su conducta con Napoleón *el Grande*, cuando éste, creyendo locamente en la generosidad inglesa, puso el pie en un buque británico en el cual creía ser transportado á Norte-América; reparad cuán cobarde y villanamente le declaran prisionero de guerra y condúcenle *ab irato* á la isla de Santa Elena, en donde hacen de él un cadáver viviente.

Cito un hecho histórico, que todo el mundo conoce, para denotar una vez más que todos los gobiernos de Inglaterra han calzado los mismos puntos de avilantez y piratería.

A título de curiosidad reproduzco algunas cláusulas del testamento de Napoleón I, que hacen poco favor á la hidalguía inglesa:

«Art. 5.° del Testamento: *Muero prematuramente, asesinado por la oligarquía inglesa* y *sus sicarios.*

»Lego *diez mil francos* (10.000) al sargento Cantillón, á quien procesaron como sospechoso de haber querido asesinar á lord Wéllington, hasta que al fin se reconoció su inocencia. Cantillón tenía el mismo derecho para asesinar á ese oligarca que él para enviarme á perecer en la roca de Santa Elena. Wéllington, que propuso este atentado conmigo, procuraba justificarlo con el interés de la Gran Bretaña; Cantillón, si hubiese asesinado al lord, se amparara y justificara en idénticos motivos, es decir, *en el interés de Francia, para deshacerse de un general que había violado la capitulación de París;* y estimarlo, por consiguiente, responsable de la sangre de mártires como Ney, Labedoyere, etc.; y acusado por



otra parte *del crimen de haber saqueado los museos, contra el texto de los tratados.»*

De modo que el propio Napoleón acusa á los ingleses de saqueadores de museos; ved, pues, si eso no es llamarles ladrones con todas las letras. Pero la moral, esa moral que para su uso particular se ha hecho Inglaterra, la excusa de entrar en consideraciones acerca de sus procedimientos. Por rapiña más ó menos no vale la pena de disputar, ni siquiera de sonrojarse.

El general Polavieja también acusa á los británicos en su obra *Mi política en Cuba.* Dice así: «Sin que alcancen el triunfo los separatistas, *á quienes tanto favorece el estar envuelta la Isla por posesiones inglesas, en cuyas leyes encuentran amparo.»*

¿Queréis muestra más patente de que en las posesiones inglesas se fraguaban los planes de emancipación de la Gran Antilla? ¡Ah! con cuanta razón manifestó D. Carlos Banús, en un artículo publicado en la *Revista Científico-Militar,*

que, «la política inglesa anda siempre atenta á no comprometerse de antemano y á explotar las desgracias ajenas.» Nosotros somos de ello fiel testimonio.

XI

Desde la época de Pedro *el Cruel*, con su príncipe Negro, hasta las fechas de ahora, siempre han demostrado los ingleses cerca de nosotros una asiduidad rapaz, rayana en lo inverosímil. Hoy, con hipócritas arrumacos, mintiéndonos cariño, tratan de hacernos tragar el anzuelo de la amistad, hasta el punto de que algunos seres benévolos, cuya abundancia es la nota característica de nuestra nacionalidad, se dicen cándidamente:—*Pues debe ser cierto; si señor: ahora sí que van de buena fe. ¿No nos hacen entrega de algo que debe serles muy caro? ¡Pues, si aún hay quien exija mayores garantías!....* Amigos míos: sois unos pobres mentecatos; el discurrir así es no conocer el paño. ¿Qué se les da á los inglesi-

tos dar, no uno, sino cien mil rehenes, con tal que las cosas les salgan á pedir de boca? En Inglaterra hay muchos tunos; pero también se encuentran aún personas de buena fe, que van hasta el sacrificio en aras del patriotismo. Y, además, que esos mismitos que se prestan á ejercer de componentes amigables, ignoran muchas veces el papel que se les tiene asignado hasta el fin, pues no se mueven más que bajo una presión inmediata y rápida. Inglaterra es una inmensa logia: hay allí más esclavos que parias, y ya se sabe que á aquéllos sólo toca obedecer. Por lo demás, habéis de tener en cuenta que las reses, al ir al matadero, no preguntan jamás qué va á ser de ellas; así, pues, muchos, que, á simple vista, os parecerán arrojados Scévolas, son simplemente pusilánimes corderillos, que van á la pira con la mayor de las inconsciencias; y á esos sólo nos resta compadecerles, pues nuestra condición no nos permite otra cosa. La admiración no cabe ante la inconsciencia.

Inglaterra es desnaturalizada hasta con sus propios hijos. «En la marina inglesa—dice Martínez Unciti—se llama *dinero de sangre* á un pago que nominalmente es un salario adelantado á los marineros, siendo en realidad *el importe de su venta, pues las leyes inglesa y americana, consideran á sus marineros como simple mercancía.*» No hay, pues, que fiarse de sus protestas amigables, ni de sus efusivos abrazos, que á cualquier mediano observador le parecerán de oso. Todo eso son *lágrimas de cocodrilo*, verdadero reclamo para cazar víctimas, sin cepo ni escopeta, y exhibirlas luego en sendas jaulas, en novísima colección zoológica, al pie de grandes carteles que digan: «EL FEROZ ESPAÑOL: ÚLTIMO EJEMPLAR DE UNA RAZA QUE, COMO EL VAMPIRO, SÓLO SE ALIMENTA DE SANGRE RECIÉN DERRAMADA. *¡Pasad, señores; la entrada es casi gratuita! ¡Sólo cuesta tres libras esterlinas!*» ¡Pobres de nosotros, tal va á ser nuestro fin, si Dios no lo remedia: el muy triste de nuestro gran compatriota D. Juan Martín *el Em-*

pecinado, víctima propiciatoria del aborto infernal Fernando VII, condotiero tan perverso como cualquier estadista inglés!

Volviendo á mi asunto, afirmo que llegan á mis oídos muchos pareceres, que en cualquier otro momento consideraría muy dignos de tener en cuenta; pero que en esta ocasión se me antojan de una candidez supina. Se dice que, hasta los criminales más empedernidos les toca Dios, algún día, el corazón. Es cierto; *pero, á pesar de eso, la inmensa mayoría de ellos mueren impenitentes.* Casos como el de San Dimas se dan pocos; sin ir más lejos, al otro lado del Salvador había un prójimo que se retorcía como una culebra y blasfemaba como un inglés. Por cada mil facinerosos no hay uno que muera con la palabra *perdón* en los labios. Es un dato estadístico que cualquiera puede comprobar. Pues si los individuos que son relativamente idóneos de catequización mueren impenitentes, ¿qué me diréis de un Estado cuya base política es piedra de escándalo, de

avaricia y de rapacidad? A ese no hay poder humano que le haga proferir el *Yo pecador*, á no ser que fuese al sacramento de la penitencia con premeditado fin, á saber: arramblar con el confesonario; en cuyo caso me desdigo del aserto, pues mi temeridad no llega á tanto.

La doble intención es la característica de Inglaterra; su diplomacia es, según los casos: hormiguita ó aguilucho, pero siempre rapaz; y cuando ni de uno ni de otro modo puede obtener su propósito, echa mano de la guerra, que generalmente es para la tal potencia de utilidad ó de merodeo; todo lo contrario de lo corriente entre nosotros, que vamos á la lucha por decoro, y ¡sólo por decoro!

«La *guerra de utilidad* es—según Almirante—la que va dirigida exclusivamente á establecer factorías, abrir mercados, perjudicar, destruir y aniquilar comercios extranjeros y rivales. España, en siglos anteriores, recibió en las arcas de su Erario, siempre exhausto, pero no en su bandera,

siempre enhiesta, los golpes traidores de Holanda, Inglaterra y Francia, que se apadrinaban mutuamente sus corsarios, mientras sus embajadores hacían reverencias al trono de nuestros reyes.

«Modernamente Inglaterra y Francia, pero con especialidad la primera, es la *maestra* en eso de lanzar escuadras contra Grecia *para llenar la bolsa de un judío* y abrirse á cañonazos los puertos de la China, para obtener el té y el añil *á la puerta de la fábrica.*»

La impenitencia de Inglaterra, pues, está harto arraigada para que, por una simple manifestación de simpatía hacia nosotros, hecha con su cuenta y razón, que así podemos afirmarlo, sin temor á resultar desmentidos, nos creamos en el caso de pasar una esponja sobre el pasado y proceder al abrazo *de solidaridad* que daría en breve resultados negativos, como todo lo hecho á tontas y á locas, pues con el entusiasmo se toman fortalezas, pero no se suscriben pactos. Para quienes pien-

sen diametralmente copio lo que sigue, que entresaco de la patriótica obra *Inglaterra, señora del mundo*, de Martínez Unciti: «Si tuviéramos tiempo y espacio formaríamos un curioso cuadro sinóptico de las piraterías más importantes cometidas por los ingleses con nosotros, en donde figurarían las siguientes casillas ó divisiones: PIRATAS, AÑOS, HECHOS, OBSERVACIONES Y VALOR DE LO ROBADO Ó DESTRUÍDO. *La suma total de la última casilla, arrojaría una cantidad fabulosa, con la que habría suficiente para pagar la Deuda actual de España, comprar una escuadra más poderosa que la de Inglaterra y Francia, reunidas*, y, por último, tapar la boca á las Cámaras de Comercio y Ligas de productores españoles.» Este dato ¿debe quedar en silencio? *¿Son responsables los monarcas y gobiernos ingleses de los robos escandalosos cometidos en tierra española?* Creemos que la Historia tiene derecho á exigir esa responsabilidad ante el mundo entero, pues los piratas ingleses, desde Hawkins hasta los que en el presente

siglo han explotado tan horrendo crimen, fueron protegidos y auxiliados de un modo oficial por la Gran Bretaña. Vuelvo á repetir lo que tantas veces llevo dicho: la decadencia y pobreza de España no debe atribuirse únicamente á los malos gobiernos que la han dirigido: Inglaterra tiene casi toda la culpa de los males que han hecho de España uno de los países más míseros de la tierra. Sin los piratas ingleses, sin las guerras hechas bajo cuerda, según frase de la reina Isabel Tudor, y sin los acontecimientos en que tanta parte ha tomado siempre la Gran Bretaña, *sólo atenta á las ganancias de su comercio, España sería hoy una nación rica y poderosa.*

El error funesto, irreparable, de los reyes y gobiernos españoles, ha sido el considerar á Inglaterra unas veces como amiga y otras como enemiga, sin tener en cuenta que ingleses y españoles tienen fatalmente sus intereses concurrentes, dada la situación geográfica de sus países respectivos y los problemas aún pen-

dientes de resolución en el Mediterráneo y en Marruecos. *Inglaterra y España, aun cuando sus habitantes vivan en la mejor de las armonías posibles, serán enemigas mientras figuren en el mapa de Europa, y nunca podrá la primera permitir que la segunda se engrandezca y prospere, pues el día ¡ay! en que así sucediese, sonaría la hora de la caída del imperio inglés, que sólo se sostiene merced á nuestro malestar económico.*

Si, nivelados los presupuestos, consiguiéramos amortizar gran parte de la Deuda pública y reunir una escuadra respetable, tengo por seguro que Inglaterra volvería á sus antiguas y acreditadas malas artes, *fomentando las guerras civiles, el separatismo* y acudiendo á todos los procedimientos de su conocida escuela político-comercial; pero, descubierto el juego y á la vista los misterios y resortes de la política que durante tanto tiempo siguió la Gran Bretaña con nosotros, España llegaría donde tiene legítimo derecho á llegar. Fué Inglaterra, y siempre Inglaterra, la que

empujó á España al abismo, contra ella habrá que disponer toda la defensa, porque de allí podrá venir el ataque directo ó indirecto. *Ríome, sin poderlo remediar cuando oigo decir seriamente que hemos sostenido una guerra con tal ó cual Nación. ¡Estáis equivocados, señores historiadores y cronistas: la guerra la sostuvimos con Inglaterra* DISFRAZADA Ó CUBIERTA CON ESTE Ó AQUEL *pabellón!* Tal es mi convicción, que noblemente expongo.

Y ahora, *anglófilos,* podéis cantar las excelencias de nuestra *gran amiga.* ¡Estáis ya juzgados!.... y el pueblo tendrá en cuenta, en su día, la consistencia de vuestro españolismo.

XII

«Mientras que Inglaterra aturde al mundo con la gran frase de contrapeso y equilibrio de poder en Europa, *ha usurpado el pleno imperio de todos los mares y de todo el comercio*» (Memorias de Saint-Simon). Esta especie retrata de cuerpo entero la doblez de los ingleses, que, á todas horas, andan invocando el principio de equidad, para que, ínterin los pueblos les escuchan embabiecados, ellos hacer de las suyas bajo mano, á fuer de expertos rufianes.

Nuestra reconocida ceguera, que, en la cuestión internacional, aumenta, si cabe, de grado, nos tiene alejadísimos de la realidad política, en la cual radican todos los resortes que quitan y otorgan jerarquía á las naciones. La enemiga de In-

glaterra se ve en todo esto. Nosotros no fuimos el año 70, cuando Prim, á la unión con Francia, porque el inglés lo impidió. El 82 no nos aliamos con Alemania, porque su merced británica no tuvo á bien otorgarnos el visto bueno. En la guerra con los Estados Unidos no contamos ni aun con el apoyo moral de Europa, porque la gangrenada Albión arrugó el entrecejo; y cuando ya, como *apestados*, nos tiene en perpetua cuarentena, se muestra sensible con nuestros dolores y nos obsequia con un presente que nos puede resultar muy caro; política de taberna, que ha de acabar á puñalada limpia. Estos negros procedimientos sublevan el alma, y hay que encontrar el modo y la manera de sacudir el ominoso yugo que nos amaga. Una vez más, en el espacio de contadísimos años, echamos á faltar el espíritu de Cánovas, á esa noble figura cuyos inanimados restos cambiaron recientemente de mansión, cual si sintieran inquietud por lo venidero. El procesional paseo de sus despojos se me antojó una

protesta contra ciertas resoluciones, que nos llenarían de oprobio si el dolor cruento que sentimos nos permitiese reflexionar; al menos, así me lo hace suponer el alto patriotismo que caracterizaba á Cánovas, el austero. Las concavidades de sus ojos se fijarán con espanto en ciertas ceremonias incomprensibles que él jamás hubiera autorizado..... y quizá por vez primera bendecirá el puñal asesino que le arrancó la vida en momentos tan críticos para la patria. Todos los patriotas, todos los hombres de corazón debemos verter la vista hacia aquellos sepulcros de Atocha, en donde, si Dios no lo remedia, habrá quedado sepultada para siempre toda nuestra grandeza. Evoquemos allí la sombra de Concha, que murió desafiando la reacción; á Prim, que cayó invocando la libertad; á Ríos y Rosas, el gran disidente, de moralidad acrisolada; á Sagasta, á quien hemos perdonado ya sus últimas inmensas culpas, engendradas por su amor á la dinastía; y, por último á Cánovas, presunta víctima de un complot anglo-sa-

jón, que fué el principio del fin de nuestra adorada independencia.

No creemos, sin embargo, haber pecado tanto para merecer tan duro castigo; pero como el verdugo (no el ejecutor de la justicia) es cruel, hemos de pensar todo lo peor, para así no resultar completamente desesperanzados. El verdugo, excuso señalar quien es; el *señor de las naciones*, no puede ser otro que Inglaterra. Inglaterra, nuevo Atila, que en donde posa el pie conmueve el suelo; pero así como el bárbaro hunno era el *azote de Dios*, ésta es el *azote del infierno*, habiendo, pues, motivo mayor para que se le declare una guerra sin tregua ni cuartel. Para exterminar á Atila se juntaron tres pueblos, representados por dos reyes, el de los francos y el de los godos, y un general, el romano Aecio. Muchas vidas se sacrificaron para acabar con Atila; pero al fin fué exterminado. En la cruzada que se ha de emprender en contra del *azote del infierno* pueden entrar todas las naciones cultas, y aun los

pueblos semisalvajes, pues todos deben tener agravios que vengar de ese Argos cancerberino, que, al igual que Saturno, devora á sus hijos, y que, á semejanza de Mercurio, saquea á la humanidad; de esa bestial, pavorosa esfinge, que con Melenich, derrotó á Italia; con el kedive, humilló á Francia en Fashoda; con el sultán, acuchilló á los armenios; con el Japón, venció á los rusos; con Bismarck, aplastó á Austria; con Turquía, ultrajó á Grecia; con Norte-América, pisoteó á España; con tribus salvajes asiáticas, puso en jaque á Alemania; con el general Castro, saqueó á Venezuela; con los Braganza, domina á Portugal; con Merino y con Oliva, intentó deshacerse de Isabel II y Alfonso XII; con Caserio, eliminó á Carnot; con Angiolillo, asesinó á Cánovas, y con la mala baba emponzoña al universo.

Hay, pues, que levantar el somatén entre todos; un somatén universal que vengue á los innumerables expoliados por esa desatentada raza sajona, verdugo de los boers, de los irlandeses, de los

indios fakires y de los australianos; sólo así podrán los pueblos respirar en paz, libres de la aplastante férula de ese satánico madgiar que impone su capricho á los poderosos y se defeca con los débiles.

XIII

Voy á servir un plato de primera mesa en combinación de dos distinguidos colaboradores á quienes no tengo el honor de conocer ni siquiera de vista, pero que me permito presentar á ustedes, en espera de que unos y otros me otorguen su benevolencia. Son estos señores: D. Pío Eneas y D. A. de Torrelaguna. Dice el primero:

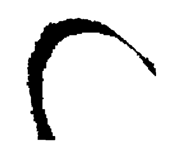
«*El Universo* acariciaba la esperanza, no solamente de que la futura esposa de D. Alfonso se convertiría, esperanza que felizmente se ha realizado, sino que esa conversión *sería el principio de las que había de hacer la corte inglesa.*—Gran regalo de boda sería ese para nuestra Religión,—pensábamos todos; y de antemano nos dábamos mil enhorabuenas. El telégrafo, por su parte,

inspirándose sin duda en los buenos deseos de *El Universo*, anunció, y corrió la noticia por toda la prensa, que la princesa D.ª Beatriz, madre de D.ª Eva, se convertiría también en este mes de Mayo. Mas luego la corte inglesa desmintió oficiosamente la noticia y, en compensación de la alegría que nos había causado, nos trajo otra tristeza mayor: *la de que nos piden la libertad de cultos*. Porque á la corte nos van á venir, no solamente ahora, sino más tarde y constantemente, príncipes y princesas extranjeros de religión disidente, y es natural que esos príncipes quieran ir á los oficios religiosos del P. Cabrera en la calle de Beneficencia ó de los Cuatro Caminos, junto á la iglesia de Nuestra Señora de los Angeles, que está levantando el Párroco allí con las limosnas de los católicos; y es natural también que les hagan limosnas, y es natural, por último, que pidan el libre ejercicio de esos cultos suyos y *que sus obispos y sus pastores tengan en España la misma consideración, el mismo honor y el mismo*

respeto que los obispos y sacerdotes católicos. Sí: todo eso es natural; y malo, muy malo es que se diga y pésimo es que la prensa anticlerical empiece y anuncie briosa campaña con éste fin. De seguro que á *El Universo* le hará cosquillas en la conciencia ese remordimiento, y *hasta puede que le amargue el bocado de pastel*, DEL ENORME PASTEL DE DOS METROS DE ALTURA Y DIEZ METROS CÚBICOS DE MASA que los ingleses envían, y del que á *El Universo* le corresponderá su buena y sabrosa porción. Porque somos los españoles tan desdichados, que todo lo malo que anuncian podemos dar por cierto que se nos viene encima, y ya sabemos lo que ganó el liberalismo cuando al casarse Fernando VII con D.ª Cristina de Nápoles cantaban los dinásticos de aquella época:

De Nápoles ha venido
la gloria á los liberales,
el infierno á los carlistas
y el purgatorio á los frailes;

algo parecido ocurre ahora: que Dios no lo permita. *El Universo* no dejaría de tirarse los cabe-



llos y exclamar:—Yo dije que de España íbamos á llevar á Inglaterra el catolicismo, y ahora resulta que de Inglaterra nos viene la libertad de cultos.»

Los católicos de la fibra de *El Correo Español*, que es de donde van entresacados estos párrafos-homilía, son en general graciosamente terribles; pero á mí me resultan particularmente muy simpáticos, á pesar del abismo sin fondo que me separa de su sentir. Ellos con todo se atreven; no en balde dicen que tienen á su lado el Corazón del Divino Maestro; presunción que les lleva á encararse aun con las propias balas, á quienes atajan, diciéndoles:—*¡Detente, que el corazón de Jesús está conmigo!* Amiguitos míos: muy invictos sois con tan soberana compañía, que yo estimo, como buen cristiano, en mucho; pero esta vez os tendréis que batir en retirada ante el empuje de la herética Inglaterra, que es más poderosa que el propio diablo, pues éste huye de la cruz, presa de pavor pánico, en tanto que Albión, en su dulzura, catequiza á los propios católicos di-

násticos, imbuyéndoles que una cosa es la religión y el meterse en nuestros asuntos otra cosa; y además, que el presente que nos envían, ese gigantesco pastel *de dos metros de altura y diez metros cúbicos de profundidad*, digo, *de masa*, resulta sobrado halagador para nosotros, hasta el punto que nos indemniza de cuantos duelos y quebrantos sufrimos, *y lo que te rondaré*. Mi carísimo hermano en Jesucristo, D. Pío Eneas, parece que da á entender que

DESDE INGLATERRA HA VENIDO
LA GLORIA Á LOS LIBERALES,
EL INFIERNO Á LOS CARLISTAS
Y EL PURGATORIO Á LOS FRAILES;

y yo le afirmo, porque no acostumbro á jurar en vano, que á mí no me ha venido *la gloria de Inglaterra*, y eso que soy muy liberal y muy reliberal, liberal á macha martillo; pero también soy español y muy reespañol, español *á sangre y fuego*, según habrá podido convencerse el que

esta obra y cuantas mías leyere; y en concepto de tal le aseguro que, si la gloria me viniese de Inglaterra, sería muy posible que renunciase á ella, aun corriendo el riesgo de que se me tildase de hereje..... Pero estamos discutiendo en serio y en verdad que no vale la pena, porque la gloria de cualquier parte puede venir menos de aquellos antros, verdadero plantel de materializados y tierra de perdición.

Ese pastel colosal me recuerda el famoso caballo de madera que pusieron los griegos á las puertas de Troya y que los inexpertos troyanos internaron por curiosidad en su bien amurallado recinto, y que, ínterin contemplaban estáticos sus monumentales proporciones, surgió de improviso de su inmenso vientre, abierto por un resorte *ad hoc*, una legión de griegos que hizo, como es natural, de las suyas, hasta el punto de apoderarse de la misma Troya. ¡Mucho será que del interior de ese pastel no salga un ejército de ingleses *y nos cope*, y cargue acto seguido con Madrid, al

igual que los griegos con Troya. Entonces sí que habríamos acabado de decir:

> De Madrid al cielo,
> y allí un agujerito para verlo,

porque la idiosincrasia inglesa, en un santiamén, le pondría desconocido, y hasta las chulas de los barrios bajos parecerían reclutas. A algunos *lo del copo* no les estaría mal empleado, por m..... golosos. ¡Miren que atreverse con todo un señor pastel de tal procedencia!.... Maravilla será que á alguno no se le indigeste: lo sentiría por *Alifonso*, que me es altamente simpático y que no se merece lo que están haciendo con él.

Por lo que respecta á la cuestión de conversiones y demás, cedo la palabra á mi otro colaborador el Sr. D. A. de Torrelaguna, quien, en un artículo titulado Los ingleses en España, se expresa así: «Sr. Eneas: creo que está usted muy atrasado de noticias eclesiástico-anglicanas. No lo están tanto *nuestros regeneradores los ingleses, que quieren* civilizarnos al estilo de la antigua

Reina doncella *(Ignoro quién debe ser esa señora; procuraré enterarme.)*; para lo cual están dispuestos á predicar á los madrileños *(Yo no lo soy; conmigo, pues, no va eso.)* el Evangelio que ignoramos. *(A mí, la verdad, me corre poca prisa el saberlo: no peco de curioso, máxime en cuestiones anglicanas.)* Y como la predicación no conviene hacerla en las plazas públicas, donde no está bien *(¡Y qué ha de estar, hombre de Dios!)* que con la cabeza descubierta la oigan los príncipes sajones *(¡Muy señores míos!)* que deben dar el tono á la nueva sociedad *(¡Pues no faltaba más!)*, han acordado que se haga en templos convenientemente dispuestos y preparados *(¡De pistón!)*. Pero no será el *pae* Cabrera el elegido. ¡Quiá, hombre! ¿Le parece á usted que los inglesitos *(¡No apee tanto el tratamiento, mi querido Sr. Torrelaguna! ¡Cuidado con la manera de señalar!)* que se nos vienen encima *(¡Por lo que á mí toca que vayan con tiento, porque soy varón!)* van á someterse á un español, siquiera sea un renegado?

No señor; no harán eso sino otra cosa *(¡sepamos!)* que voy á decir á usted en secreto, para que se lo comunique á *El Universo*, por si no se ha enterado todavía de los proyectos que se traen entre manos nuestros señores los ingleses. *(Ni nuestros, ni míos, ni tuyos. Aquí no es tan fácil cortar el bacalao como todo eso.)* Sepa usted que ESTÁ ACORDADA LA CREACIÓN EN MADRID DE CUATRO TEMPLOS PROTESTANTES *(¡Me dejáis absorto! Voy á trasladárselo á Moret para que vea si esto* CONCUERDA CON EL CONCORDATO.) en los cuales puedan cómodamente asistir á los oficios anglicanos, presbiteriales, metodistas, episcopales, ritualistas, *(¿Sabe el Sr. Torrelaguna que me resulta su merced sobradamente enterado de ciertas liturgias para llamarse católico apostólico romano?)* *y tutti cuanti inglesi (¡Si es broma puede pasar!)* vengan á la villa del oso, á civilizarnos haciendo el ídem...

(¿Civilizarnos, ¡chipén!
de modo tan especial?
Para un inglés no está mal,
mas para mí no está bien).

«Y no solamente está acordado eso, sino que están señaladas las calles donde han de recibir su emplazamiento esas sinagogas de Satanás *(¡Libe-rame, Domine!)*, que diría San Juan *(¡Yo digo más: que los facturen á todos!)*. No necesitarán pues los milores y las ladies que invernen en Madrid ir á la casa escondida *(¡Será cosa de avisar á Ruiz Jiménez, que no transige con nada clandestino!)* de la calle de la Beneficencia para *cenar*, digo, para asistir á la cena *(¡Cuando se habla con seriedad no se admiten equivocaciones!)*, que no es del todo lo mismo *(¡Y qué va ser, ¡hombre! si no pregúntelo á esos desgraciados que, aun en vísperas de boda, andan por ahí..... viendo cómo los demás cenan.)*, puesto que en calles más anchas y visibles encontrarán los cuatro cenadores necesarios para la colonia de ultra-Mancha. *(Prepárase el dignísimo reciente Obispo de Madrid-Alcalá á distraer sus ocios escribiendo cartitas por el estilo de las pergeñadas por Su Eminencia el cardenal Casañas, con ocasión de la apertura de la capilla*

protestante en Barcelona; una de cuyas contestaciones produjo no poco revuelo, según se recordará.) Ya se ve que esto no es un grano de anís *(¡Ni una fragata!)* y debe llenar de amargura á *El Universo (¡Y á todos, no siendo ingleses!)* y á cuantos se entusiasman con la próxima boda *(¡Perdone el apologista si en esto discrepamos!)*, sin excluir á los capigorrones *(¡Vive Dios, que eso es ya mucha gorra!)* del moderantismo eclesiástico *(¡Siendo así, me callo!)* tan aficionados al cruce de razas *(¡Renuncio al comentario, porque ése sería del género prohibido!)*. Es un pelo que vamos á quitar al lobo liberal *(¡Por mí, que le monden!)*, y como ya siente en su piel el efecto de la peladura *(¡Pobrecillo!)*, anda estos días quejándose y dando fieros aullidos *(Uy! la pó!)* por el arrancamiento de ese pelo.» (¡Punto final! Confieso que después de ese esfuerzo jocoso, no voy á tener ganas de retozar mientras duren las fiestas. Todo eso tendré que cargar en cuenta á los ingleses.)

XIV

Ese *Correo Español*, á quien yo coronaría por terne y dicharachero, revela cosas estupendas, que á los aficionados á la verdad nos deleitan en cierto modo. *El* tal *Correo* nos maravilla manifestando que al Poder español, al Estado español y á sus altas representaciones les vino de perilla la pérdida de las colonias; al igual que á aquel propietario de fincas lejanas y engorrosas la desaparición de las suyas, contingencia que, en vez de producirle tristeza, le causaba satisfacción y gozo hondos; y respirando á sus anchas, como si le hubiesen quitado una carga de encima, exclamaba ingenuamente:—*¡Gracias á Dios: que á semejante finca lejana se la ha llevado Belcebú!* Eso es cuanto nos faltaba ya saber para completar el cua-

dro de nuestras desdichas. La nueva no puede resultar más oportuna en fechas en que todo resplandece, hasta el punto que de antemano ya me siento aturdido con el *catachín* continuo y el despampanante número de vivas, más ó menos lógicos, que pueden resumirse en uno, á más de significativo altamente moral, el de *¡Viva la Pepa!* que pone hasta á los más pacatos en vías de reclamar la *danza de vientre*, que para mayor solemnidad, puede que bailasen en el preciso momento de la desaparición de las *engorrosas fincas lejanas*, algunas de esas altas representaciones frescas, que ofrecemos como recatado modelo al gran estudio de pintura internacional. Todo eso debe ser verdad en parte, porque lo afirma *El Correo Español*, y en un todo por lo que adivina la perspicacia popular. *El* tal *Correo* es un diario que no sabe mentir; debemos, pues, estimar artículo de fe cuanto cuelga en sus columnas; á la inversa de lo que ocurre con otros colegas, que, en su fantasía, nos hacen comulgar con *campos*

de moro. Bien es cierto que los tales son periódicos de cámara, ó más bien de *camerino,* y hay que tener en cuenta esa oficiosa circunstancia, que en su mercantilismo de miope les lleva á tomar los rellenos de serrín por auténticas pantorrillas.

¿Con que el Poder español y las altas representaciones del mismo se felicitaron por la pérdida de las colonias? La revelación parece un *sueño ilusorio* que tienta á evocar los manes de Don Juan Tenorio para que enderece con su galante espada este entuerto; ya que la enmohecida tizona de Don Quijote me resulta excesivamente honrosa para la empresa. Aquí el vulgo, que aunque necio para algunos, tiene una perceptiva que para su uso particular la quisieran los más capaces politicastros; el vulgo *se hacía lenguas* de una operación industrial, de algo así como una *compra-venta mercantil* de usurero, de un negocio redondo para algunos, de *jugaditas de Bolsa.....* á la baja y de otras insignes trapacerías, no por inverosímiles menos realizables.

La probidad de nuestros gobernantes y el buen sentir rechaza todas esas paparruchas; pero el vulgo-comadre no se da por vencido, ni siquiera por convencido. Si hay alguien que podría *dar gracias á Dios, porque á la finca colonial se la llevó Belcebú*, no debieran ser nuestros beneméritos gobernantes, pues ellos perdían tanto en ellas como el gallego del cuento yendo montado gratuitamente en jamelgo ajeno; sino el pueblo, cuyos hijos arrancados á mansalva de sus hogares para servir de blanco á los mambises, eran testimonio de la inconsciencia de un Estado que se obstina en volvernos á todos orates. La desgraciada *carne de cañón,* arrancada del seno de las familias, sí que tenía motivos para abominar de la existencia de aquel patrimonio negativo para ella, pero de gran lucro para los compadres mandados allá por políticos sin conciencia, que, al otorgarles la credencial, en la mayoría de las ocasiones, les brindaban con una patente de corso, por obligarles al mismo tiempo á firmar la di-

misión en blanco de su destino; medida preventiva que tenía por objeto limpiar el comedero del barbián empaquetado á Ultramar, caso de que faltase al compromiso tácito habido de por medio. La información de *El Correo Español* no está, pues, recogida en la mejor de las fuentes; esa versión la habrá tomado acaso en la tertulia de los políticos que no tenían allegados *por facturar* á las Colonias; de aquellos que, hartos de comer carne, metiéronse á frailes; pero no de los políticos-horteras que tanto abundan todavía, cuyos ejemplares suspiran sin cesar por la desposesión de aquellas *canteras de chanchullos*, que redondeaban muchas fortunas sucias, y eran comedero de hambrientos sin conciencia ni dignidad.

Sin embargo, bien podía ser que aun parte de éstos, de acuerdo con lo que *El Correo Español* asegura, celebrasen la pérdida *de aquellas fincas lejanas*, en cuyo caso hemos de suponer que la *vaca ya debía estar tísica,* y, por lo tanto, su ubre no destilaba la menor gota de..... *importe*

líquido; en cuyo caso, se explica esa imprecación en labios de quienes mayor partido sacaron de la robustez del desechado mamífero.

En todo ese *maremagnum* de corrupción y malas artes, sólo el pueblo resultó infectado; las altas representaciones, el Poder español y el Estado español, no; éstos todo son gallardas estatuas, á quienes el vaho inmundo de la cloaca, besa sin tiznar.

Salta el fango á la escultura,
mas la mancha poco dura
y la estatua queda en pie;

dirán todas esas endiosadas entidades, estimándose muy por encima del ambiente terrenal; pero el pueblo, aleccionado por Leopoldo Cano, replicará:

Pues el tiempo hará la unión,
lo que es fango, estatua ha sido.....

¡Todo podía ser: máxime estando al paño los in-

gleses, que no pierden un solo detalle de la gran pantomima que vienen representando todas las clases sociales españolas, ya más ó menos sugestionadas por la manía del suicidio!

XV

La insensatez, si se posesiona de los hombres, resulta fatal, pero cuando se apodera de las alturas, adquiere su desarrollo un carácter que monopoliza el cataclismo. Jamás gobierno más debil se ha mostrado más resueltamente en contra de la opinión. Desde su olímpica altura desafía con *sans façon* maravillosa al país en pleno: á los industriales, con los aranceles; á los agricultores, con el *cien pies* Osma; á la necesidad, con sus pujos de triunfador; y á la masa, con la ley de jurisdicciones. Con revelar que este gobierno se cree guardado de espaldas por la vieja Inglaterra, está dicho todo. Carecerá de valor personal, pero el mastín que tiene á la vera le lleva á mostrarse imperioso y resuelto. Veremos cuánto durará

eso..... Poco ha de vivir quien no lo vea. Ese gobierno loco olvida que como el mastodonte que le ampara amanezca un día de mal talante, se traga á sus nueve mercedes al igual que á otros tantos globulillos. Hasta la fecha, como Moret y Compañía, Romanones inclusive, se limitaron á practicar lo apuntado por el mentor-esfinge, no hay que decir que tienen incondicional á la barbiana de los mares; pero dejad que en su endiosamiento se atrevan á realizar algo por su cuenta, y veréis cuán de improviso resulta pulverizada esta situación, prototipo de lo enclenque. Andan por ahí diciendo que en vista de lo irreprochable de su conducta, Moret ha obtenido el *decreto de disolución*..... ¡de manos de un alto representante inglés! y aunque esto semeje inverosímil, no lo es tanto como á simple vista parece, ya el tal decreto no debe referirse á la convocación de otras Cortes, sino á la *disolución de la Patria*; como si ya no fuese bastante que anduviésemos sin criterio fijo, merced á lo diso-

luto de las costumbres de quienes, en vez de dar ejemplo, *ponen cátedra..... de ahí me las den todas*. Por este camino vamos á una aurora boreal inglesa..... que traerá consigo la caída de D. Segismundo y su harem, pues ya es consuetudinario en esta tierra, que cuando aparece una aurora boreal los gobiernos dimiten.

***

No tiene calificativo lo que acontece en varios puntos de España. Vais á Vigo, vais á Málaga, vais á Cádiz, Huelva, Almería, y aun á otras localidades, y el inglés es allí el todo. En Arosa, especialmente, no tenéis más que dirigiros á cualquier barquillero, en demanda de lo que se dice; y él, sin que le importunéis mucho, os referirá cosas estupendas. En su sentir os manifestará sin ambajes *que aquello es ya todo inglés*, pues

nuestro dominio resulta simplemente nominal. En esto pasa lo que con las mujeres honestas que frecuentan las casas de compromiso, y que, haciendo honor á su nombre, se obstinan en aparecer altamente pudibundas..... y lo consiguen, hasta cierto punto, pues no falta á lo mejor un pájaro verde, que, como mi barquillero, está al dedillo de sus *picoparderías*.

Grande es el honor que nos puede dispensar Inglaterra velando por la prosperidad y el engrandecimiento de Vigo, Cádiz, Málaga, etc., etc.; pero aún sería mayor si nosotros, honrando la independencia fiera que nos hizo célebres y temidos, rehusásemos sus gubernamentales buenos oficios, que son comidilla de las cancillerías; en tanto que nuestra pasividad es chacota de los pueblos que saben hacerse dignos de sí mismos.

Si no por amor á la dignidad, por egoísmo plebeyo, deberíamos mandar enhoramala esta ominosa férula que nos condena á vivir á remolque

y con vilipendio. Sepamos hacernos dignos de nuestros antepasados; reparemos en la entereza de Alberoni, que aunque italiano y clérigo, supo poner á raya las demasías británicas, colocando el pendón de España á la prestigiosa altura de sus tiempos mejores; inspirémonos en las virtudes de los grandes ministros de Carlos III, de gloriosa memoria; y tan altos ejemplos de entereza y patriotismo constituirán venero mágico que elevará nuestros corazones y animará nuestras decaídas voluntades.

XVI

Como soy urbano y sé agradecer un favor, así se me obsequie con él, con buena voluntad discutible; voy á dirigirme en solicitud oficiosa ú oficial, que hasta en esto estoy conforme, á quien pueda atenderme; así sea dando un salto de trampolín en donde la diplomacia juegue el principal papel. Los ingleses no tienen gran fama de justicieros, pero si me sirven en ésta, tendré algo que agradecerles, que no es poco, dado mi temperamento y la situación ó posición que acerca sus mercedes me encuentro. Si, como entiendo, se han propuesto sanear nuestra nación, yo puedo servirles de guía, pues aunque jamás, y en buena hora lo diga, pertenecí al cuerpo mal llamado de higiene; á fuer de escritor, soy algo práctico en

eso de señalar los cánceres sociales de esta pobre España, víctima propiciatoria de faltas ajenas.

Entre las mil y una plagas que nos afligen, figura en primer término la policía, verdadera gangrena de nuestra sociedad. Como soy amigo y vivo enamorado del bien, aunque como mortal imperfecto no lo practique en el grado que fuera de desear, entiendo que una de las mejores instituciones con que cuenta Inglaterra es el servicio policíaco. No es decir esto que allí no haya ladrones y en gran escala, pero sí que es un hecho cierto y positivo que en la Gran Bretaña los *policemens* son honrados; todo lo contrario de lo que aquí ocurre, salvo rarísimas y aún más honrosas excepciones.

La policía en España es una calamidad, que sólo desempeña su cometido en la única ocasión que debiera mostrarse remisa en el cumplimiento del mismo. *La policía, aquí sólo sirve para dar caza á los periodistas;* precisamente á aquellos á quienes debe el comedero de que disfruta; por-

que si nosotros, los que bregamos en la prensa diaria nos propusiéramos acabar con los malos agentes, podéis estar seguros que, aunque Romanones, que es la fuerza mayor con que cuenta el ministerio, se obstinase en mantenerlos en sus puestos, tendría que desistir de su empresa; en primer lugar porque sería contraria á la lógica; y en segundo, porque así se lo daríamos á entender los que sabemos hacernos oir. Ved, pues, por qué lado los chicos de la prensa somos cómplices de tapujos; circunstancia perdonable, ya que la generosidad constituye todo nuestro patrimonio.

La policía, pues, y la mala policía en particular, corresponde muy pesimamente á las atenciones que con ella tenemos los periodistas. Pero como todo tiene su fin, que Cristo á los treinta y tres años se cansó de padecer, yo que tengo algunos más, también, haciendo honor á la conducta del Divino Maestro, también me harté de sufrir sus genialidades, y, *aunque no todo, algo voy á decir, pues si todo lo refiriese sería cuestión de llenar diez*

tomos de á folio, y aún es fácil que me quedase á la mitad del sermón. Se lo contaré á Inglaterra, por si algún día se le ocurre tener en cuenta esta exposición; porque Moret y Romanones, esos ya no paran mientes en tales bagatelas.

Sabed, pues, mis queridos ingleses, que hubo un ministro español, que por no hacerlo peor que sus predecesores, se le metió en el cacumen la reorganización de la policía, obra de romanos en este desgraciado país, á cuya posesión, aspiráis vosotros, sin saber siquiera lo que pretendéis. Para el efecto, y pensando con muy excelente acuerdo que las recomendaciones de quienes no eran prácticos en crímenes y robos darían un resultado negativo para su gran empresa, rehusó atender las propuestas de ciertas y determinadas personas, que, en su buen deseo, podían ofrecerle alguno que otro ciudadano inepto, para el cargo de *policemen*, pero nunca á un facineroso, para que en cuanto, por viceversa incomprensible estuviese revestido de autoridad, fuera

un peligro para la sociedad misma á quien estaba en el deber de defender; y así salió la cosa. El ministro no quería individuos cuya edad excediese de los sesenta, y no sé cómo diantres se lo compuso, que en el nuevo cuerpo los había hasta octogenarios, es decir, inútiles en absoluto para el servicio; en cambio se obstinó en que todos fuesen procedentes de la benemérita, y al practicar un concienzudo recuento, se halló en que ni una quincuagésima parte procedía de aquel cuerpo.

Vosotros, mis buenos ingleses, que hacéis las cosas mal, tan á conciencia como cuando las hacéis bien, os maravillaréis de esta anomalía del ministro español; pero en vuestra indulgencia caeréis pronto en la cuenta que Chamberlain aún haría bueno á Su Excelencia la graciosidad que puede que os sirva en compota. Ved, pues, por donde aún os podríamos obsequiar con un presente, si medianejo, no del todo malo.

Entre la policía en cuestión, según datos que tengo á la vista, pero cuyo detalle guardo para

más oportuno momento, hay *estafadores, licenciados de presidio, encubridores de ladrones, pederastas, sátiros*, etc.,etc., así es que á los pocos que tienen la desgracia, siendo honrados, de pertenecer á esta escoria de la flamante reorganizada policía, se les habría de pagar, no en *papel oro*, como Weyler pagó á nuestros soldados en Cuba, sino en relucientes libras esterlinas, para así premiar la abnegación de esos seres, que, en su buena voluntad, no temen mancharse, á pesar de vegetar en plena cloaca. Otro día seré más extenso, si es que mediante vuestros buenos oficios, el ministro no se cura de sanear este pudridero, por mal nombre cuerpo policíaco.

El enderezo de este entuerto á vosotros más que á ninguno conviene, mis queridos ingleses, pues con la *pupila* que reina entre las clases guardadoras del orden, solo se prende á quienes se desconoce, con lo que excuso evidenciaros que las personas decentes están siempre caminito de la carcel; en tanto que los truhanes en su calidad

de gentes conocidas, sobre todo de la policía, vegetan por entero á sus anchas. Consejo es este que nunca me agradeceréis bastante, de saber aprovecharos del mismo; y ved por donde, en vez de libraros una demanda, os deparo un beneficio: que así soy yo de refractario en solicitar..... pero como tras no poco discurrir caí en la cuenta que al frente del Ministerio de la Gobernación, figura un amigo, y la amistad obliga, no quiero que jamás se me eche en cara la ejecución de un flaco servicio ó de un mal tercio; congruentes uno y otro en un policía *reorganizado*, pero jamás en un periodista, cuyo único patrimonio es la generosidad.

A quien Dios se la dé..... San Pedro se las bendiga.

He dicho.

XVII

¿No llega á las alturas del Sinaí hispano-anglo la efervescencia del país que protesta indignado, con ira sorda, del *statuo quo* político, que tan grandes perjuicios irroga al trabajo y á la producción? ¿No se escucha en las esferas del Poder esos arranques, que ya no se ajustan al pentágrama de la componenda y que pugnan por romper con los convencionalismos, verdadera *losa de plomo* de los derechos nacionales?

Toda España truena contra esta situación vergonzosamente inglesa, que nos traerá la ruina y la supresión de la nacionalidad. Véase lo que se expone nada menos que en plena reunión habida el 18 de los corrientes en el Fomento del Trabajo

Nacional de Barcelona. Un orador, el Sr. Calvet, dijo:

«Estamos dispuestos á decir al gobierno que, *si insiste en su idea de ceder* ANTE IMPOSICIONES EXTRANJERAS, *nos uniremos con los obreros y haremos caer á los gobiernos que dificultan nuestra obra de trabajo y de cultura.*» ¡Si con mayor claridad esperáis que á los cuatro vientos se le acuse á un gabinete de estar vendido á otra nación, que, aunque no se exprese, todo el mundo comprende que es Inglaterra, esperáis un imposible! Aquí se ve que á muchos ya se les acaba la paciencia y que, á pesar de las sugestiones anglo-sajonas que fermentan en el ambiente, se sienten españoles, y como tales quieren proceder.

Si no por mis méritos personales, por mi voluntad relativamente firme, quisiera obtener de las musas á quienes tanto arrullé en mis mocedades, una gracia especial: para mi temple la mayor y más preciada. ¡Desearía que la pluma acerada de Quevedo, si no su ingenio

mágico, ingertara la mía, tan humilde, aunque no tan reverente como á muchos conviniera; á ver si mediante este refuerzo sutil, lograba con mis diatribas realizar algo resonante que levantase ampollas sanguinolentas, que contaminase á mi placer el *virus* patriótico de que estoy poseído; y aunque no soy cirujano, ni sangrador siquiera, trataría de aplicar ventosas á la parte del cuerpo nacional que aún yace aletargada, merced á las hechicerías del magnetismo inglés.



A la imaginación se me sugiere un nuevo caso por tratar: para nuestra condición, de tan vital importancia, que es árduo en la vida social hallar uno de mayor magnitud. Siempre oí decir que los ingleses en materia religiosa eran, no tan sólo altamente conciliadores y transigentes, sino que guardaban respeto grande á todas las creencias. Contribuyó más y más á afianzarme en esta idea,

el haber tenido ocasión de presenciar el sepelio de dos marinos de la escuadra británica del Mediterráneo, sustentadores en vida de distinta religión; y en tal concepto, enterrados uno en recinto católico, otro en el libre. Pero la buena, excelente impresión producida en mí por este acto de transigencia religiosa, vino á quedar contrarrestada por los siguientes conceptos, que entresaco de la obra *Inglaterra, señora del mundo*. La Providencia, que ignoro á lo que me tiene destinado, se opone, por lo visto, á que sea yo un admirador de la Gran Bretaña. Dice así Martínez Unciti:

«Los ingleses, prácticos en todo, *fomentan en la India la división* Y LOS ODIOS RELIGIOSOS, circunstancias favorables para su dominación, *pues faltando la unidad religiosa y la unidad política que de ella se deriva*, claro es que los indígenas no llegan á entenderse y, de ese modo, con pocas fuerzas, *se consigue dominar tan vasto imperio*. Además, los indígenas que profesan la religión de Budha son poco belicosos. Así lo comprenden

los ingleses al procurar que en las filas abunden los soldados mahometanos.»

Lo único, pues, que podía reconciliarme, hasta cierto punto, con los ingleses, era el pensar que las cuestiones de dogma merecían todos sus respetos. Marchitada esta ilusión, auguro para mi patria días bien amargos y de gran duelo; pues con la intemperancia que caracteriza en todo á Inglaterra, aplicada al orden religioso, cuyo problema aún vive en todas las conciencias, vamos á hundirnos inmediatamente en el caos de una guerra civil, que avivará el inglés, en cuanto se convenza que nos resistimos á su desapoderada dominación. Prepárense los carlistas de nervio á tomar el camino de la montaña, pues elementos no han de faltarles, ya que Inglaterra es previsora en todo. El año 47, así procedió con Montemolín.

Dios quiera, sin embargo, que los tradicionalistas, antes de tomar una resolución violenta, piensen un momento en la Patria, que está muy por encima del triunfo de los ideales políticos.

Dios quiera que sepan distinguir, entre todos, al enemigo común. No se dejen alucinar por falsas promesas; sólo los ciegos de cuerpo y de espíritu pueden tomar el oropel por oro; no estamos ya para temeridades, ni aventuras, que sólo pueden redundar en provecho de los enemigos de la Patria. Yo quisiera libertad, mucha más libertad para el ciudadano; pero asimismo me complacería en grado superlativo que á la miseria se le diese un golpe de gracia, aun á costa de esa misma libertad de quien me estimo entusiasta apologista. Antes que políticos, debemos ser españoles, y antes que todo humanos, que la humanidad es el mas preciado dote recibido; don que pasó de manos del Redentor, ya en plena cruz, á las del generoso apóstol San Juan, en quien estaba representado el doliente universo mundo.

Seamos, pues, nobles, seamos magnánimos, pero también enteros; bondadosos, á veces; amables, siempre; la amabilidad es una consecuencia de la buena educación, y á ella debemos ajustar-

nos; la bondad, como dimana del espíritu, hay que ponerle coto, pues acumulada degenera en debilidad, y la debilidad quebranta las nacionalidades. Vivamos para mostrarnos humanos; pero, á fuer de auténticos cimbrios, velemos por la independencia de la madre patria, abstracción ideal que es *vida, dulzura y esperanza nuestra.*

XVIII

Con lo expresado basta para desenmascarar á quienes debemos todas nuestras desdichas; á ese vampiro internacional que todo lo absorbe, hasta el punto que cuenta con colonias que hablan francés, alemán y español, mientras que no existe nación alguna que posea una sola que hable inglés. Alfonso XII, que les conocía de sobra, púsose de acuerdo con Alemania para establecer estaciones carboníferas á lo largo del Canal de Suez, mar Rojo y en otros puntos de la ruta de Filipinas; así, en caso de guerra, no tendría España que hallarse á merced de la volubilidad de las naciones, regidas bajo cuerda por la traicionera Inglaterra. Pero ésta, para desbaratar unos planes que denotaban gran previsión, preparó la

13

pita de París contra Alfonso XII á su regreso de Alemania. El inofensivo nombramiento de coronel honorario de los hulanos, hecho á favor de nuestro monarca, sirvió de pretexto á Inglaterra para excitar el patriotismo de los franceses, y éstos ilusamente cayeron en la supercheria, sin tener en cuenta que la enemiga común del género humano es la raza anglosajona.

Para que se vea de la manera con que juegan los ingleses con todo lo nuestro, citaré lo consignado por *La Correspondencia de España*, el día 7 de los corrientes, en donde se hace pública la promesa hecha por Inglaterra de poner los cambios á la par con motivo del real enlace. Es el regalo de boda, por lo visto, con que la noble Inglaterra nos obsequia. ¡Gracias, señor Elefante! ¿Queréis prueba más concluyente de que nuestro crédito está á merced de los ingleses? Por obtusos que sean nuestros titulares lo han de comprender. ¡Pobres de nosotros, que Inglaterra nos provee de elementos soberanos, para mejor disponer de

nuestros destinos, para la fecha, no remota, en que las torpezas de los gobiernos peninsulares den pie, no á una intervención extranjera, que ya existe de hecho, sino al reparto definitivo de España!

Prepárate, alma mía,
para ser mercader ó mercancía.

Los ingleses siempre ajustándonos las cuentas, y nosotros convirtiendo en reinas á sus princesas. He aquí lo único que acertamos á oponer al cálculo inglés: la largueza. Pensará algún iletrado que voy contra la opinión; pero esa señora, ¿en dónde está? Si quienes tienen dinero carecen de opinión, porque las digestiones laboriosas rechazan *la fatal manía de pensar*, y quienes pudieran tenerla, el hambre les imposibilita discurrir, ¿contra qué corriente voy yo? ¿ni de quién?

Por otra parte, no permito que nadie me dé lecciones de españolismo á la inglesa, que rechazo, porque como yo me costeo la edición de mis libros, tengo perfecto derecho de exponer en ellos

lo que se me antoje; salvo el respeto que debo á la sociedad y á mi decoro, que reside tan alto como el de cualquiera; como también de disponer de su distribución, regalar los volúmenes ó hacer con ellos un auto de fe, como indudablemente lo ejecutaría con muchísimas seseras, puestas en pirámide en plena Puerta del Sol para escarmientos de *vivos* y de imbéciles; número de programa que desde luego llamaría mucho más la atención que cuantos puedan celebrarse por exóticos esponsales regios, si se atiende á la expectación que domina en esta tierra por lo pasional y lo estrafalario, según se desprende del tiraje aumentado por los *rotativos*, en los días que se reparten estacazos, puñaladas, tiros y otras menudencias, con cuyo relato excitan la imbecilidad de las gentes, al par que hacen su agosto. Los crímenes, trasgos, apariciones y paparruchas nos encantan; por eso sin duda admiramos tanto el porte de los ingleses, por ser quienes han dado las más grandes lecciones de crímenes en el globo; pues si

cada español tiene un rey en el cuerpo, cada inglés tiene un pirata. Por lo demás, si me rebelo contra todo este caos de miserias y horrores, débese á infinitas circunstancias, y especialmente porque vamos á la bancarrota y á la esclavitud; porque ya no merecemos una camisa de fuerza, sino *unas cabezadas,* pues tengo la seguridad que si llovieran albardas, no llegaría ninguna á la corteza terrestre: ¡todas, todas quedarían en vilo! ¡Y que resultaríamos graciosos! Porque eso del proteccionismo arancelario es una farsa indigna, como lo es cuanto proviene de las esferas gubernamentales, *sujetas al fuero inglés desde tiempo inmemorial;* porque somos la irrisión de los pueblos civilizados y estamos cien leguas más bajos de nivel que la colonia inglesa más irredimible.

Si protesto, si me sublevo, es porque no sirvo para besar la mano de quien me maltrata, ni admirar al menguado que me burla, ni al granuja que me explota ¡no!; porque soy muy español y bastante entero; porque me debo á mi Patria sin

restricciones ni infames cobardías, y porque como no me estimo un átomo perdido en el espacio y constituyo parte integrante de mi querida España, he de crear escuela, porque mi idea es honrada, noble y patriótica; *no un tarugo como el librecambio* y otras quisicosas á la inglesa.....

La última palabra: y esta va para quienes comulgan en la intransigencia, que son la mayoría; porque á nosotros se nos obliga con la facilidad que á los niños tontos, porque también los hay que no se dejan convencer de sopetón. Por lo que respecta á *ciertas abjuraciones* que tanto nos engríen, bastará recordar que Enrique VIII de Inglaterra renegó de la religión católica por no tolerarle el Papa, jefe de la Cristiandad, su divorcio; porque ese libidinoso rey de barro, aunque inmerecidamente, estaba casado *con una princesa española:* con la infeliz Catalina de Aragón, á quien tenía repudiada en un castillo, haciéndola carecer de lo más indispensable. Deseando Enri-

que, pues, folgar y yacer con una damisela, á quien la historia conoce por Ana Bolena (Boleyn), y no aviniéndose ésta á entregarse célibe, hubo que darle por el gustito haciéndola Reina, en mengua de Catalina; enlace morganático que dió origen á la Iglesia anglicana. ¡Triste cuna!.... De modo, que por un caprichito de un rey, poseído de *calenturas amorosas*, Inglaterra, ¡toda una nación!, se separó del seno de nuestra sacrosanta madre la Iglesia católica. Esa es toda la fuerza total de la austeridad religiosa del gubernamentalismo inglés, que todo lo supedita á la conveniencia, á la avaricia y á la rapiña. ¡Eso no es, pues, un Estado: es un recipiente!

Convengamos, pues, sin polémicas, que lo que para la diplomacia española ha sido un triunfo, para la lógica carece de importancia, ya que el porvenir de un rey no puede ser el mismo que el del pueblo por él regido; porque el soberano, como sujeto á las flaquezas de la carne, está irremisiblemente destinado á perecer, en tanto que la

nación es inmortal. ¡En ésto se ve la obra de Dios!

Insistiremos en este tema.

*
* *

Algo bufo para que nos regocije al final. Leí en *Gedeón*, que el amigo Juan del Pueblo, contemplando la mole representada por Gibraltar, observaba: —*¡El Peñón! ¡Esa sí que sería buena dote!....*

Oye la respuesta, amigo:

No te esfuerces, Juan Calzón:
no te darán el Peñón.
Esa dote que bendices,
tómala..... y te la darán,
que á quien pide, ellos le dan
con un INGLI *en las narices.*

Madrid, 23 de Mayo de 1906.

FIN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

POLITICAS

Criminología de los Gobiernos españoles, (estudio político-social).
Maura residenciado, (estudio político).
Hambre y vergüenza....., (pintura sociológica).

LITERARIAS

La esclava de su pasión, novela.
Del mundo al claustro, novela.
Memorias de un miserable, poema (Laureada).
Otón el arquero, novela (vertida del francés).
Lucía, boceto.
Fraile mosten tu lo quisiste....., boceto.
La última entrevista, poema.
Memoria colombiana. (Laureada).
De Barcelona á la Ciudad Eterna, impresiones de un viaje.
Ilusión y desengaño, poema.

TEATRALES

El esclavo social, drama (verso).
La Azucena, comedia (verso).
Urbi et orbi, panorama (verso).
El héroe y la aventurera, drama (verso).
Lamentos de una solterona, soliloquio (verso).
Amores y achuchones pasatiempo (prosa).
Al pie de la cruz, comedia (prosa).
Nubes de verano, comedia (prosa).
La amante del desdeñado, drama (prosa).
Pecador reincidente, comedia (prosa).